Crónicas pandémicas

TALLER DE ESCRITURA Y ARGUMENTACIÓN
Escuela IDAES | UNSAM

Comisión 6 (Turno Noche)
Docente: Magalí Coppo

Escuela IDAES
UNSAM

Con el espíritu de agudizar el sentido de escucha y observación, aprovechando los estados de sensibilidad y emoción que la "nueva normalidad" despierta, lxs docentes del Taller de *Escritura y Argumentac*ión, materia de primer año de las Licenciaturas en Antropología Social y Cultural y Sociología de Escuela IDAES | UNSAM, convocaron a sus estudiantes a escribir crónicas pandémicas. El resultado de esta experiencia de encuentro y reflexión colectiva a partir de la escritura y reescritura, es la publicación de estos textos en una serie de cuadernillos, compilado y editado por lxs docentes de distintas comisiones, que se irán entregando periódicamente. Aquí se presenta el cuarto número de Crónicas pandémicas coordinado por Magalí Coppo.

CRÓNICAS PANDÉMICAS

Magalí Coppo (Ed.)
Verónica Quintela
Soledad Rivarola
Mariana Rojas
Rossana Rojas
Micaela Ruiz Díaz
Pablo Sabalain
Martín Sánchez
Marcelo Sosa
Rodrigo Soto Molina
Soledad Suárez
Nicolás Suplikievicz
Agustín Tajani
Catalina Trullás
Tomás Vallone
Agustina Varela
Gabriel Yardin
Macarena Zapata

© 2021, de cada autor por su texto.
Escuela Interdisciplinaria de Altos Estudios Sociales - Escuela IDAES | UNSAM

ÍNDICE

A modo de introduccón

LOS ENCIERROS
Con-tensión
Adentro y afuera
Marina
Sofía y la pandemia

LAS LLAMADAS
En el horno
Las 11:25
T llamo

LAS VISITAS
La espera
Las tortas fritas de la abuela
Las burbujas de Serena
¿Es solo un estudio más? La salud no esencial
Covid o no-covid, esa es la cuestión

LAS BATALLAS
¡Gritos al cielo por una medianera!
La función tiene que continuar
Día de entrenamiento: cuidado con el jefe
La cara de la pandemia
La virtualidad militante

A MODO DE INTRODUCCIÓN

Por Magalí Coppo

Presentar las crónicas que componen este volumen no es tarea fácil. Los diecisiete relatos que aquí se amontonan son el fruto de un trabajo colectivo sostenido de manera plenamente virtual. Decirlo hoy resulta útil, quizás para fijar imágenes que el tiempo y el viento suelen desacomodar o revisar a la luz de nuevas formas. Nos consuela pensar que aún con la virtualización de la enseñanza intentamos hacernos presente; o, al menos, experimentar que la presencia no es exclusivo de la presencialidad. Estar ahí, veremos más adelante, a través de los ojos de cada uno de los y las autoras de las crónicas que aquí presentamos, es una posibilidad. Estar, observar, son verbos que precisan tiempo. Y sin dudas el tiempo que tuvimos entonces y que hoy nos sigue envolviendo está presente en cada uno de estos diecisiete relatos.

Los y las autoras de este volumen recrearon ese tiempo, lo que fue un gran logro de una búsqueda pretendidamente falta de complacencia. Sus textos, sus maneras de decir y de mostrar, expresan maneras de decir y de mostrar de un tiempo presente. Hurgan el grano, pero evitan explicarlo; ni lo maquillan ni lo extirpan. Lo nombran y con ese nombrar avisan: está acá, hoy, y lo vemos así.

Tiempo es una palabra, y en el taller las palabras de Martín Caparrós fueron un faro, mucho más reveladoras en días en los que el tiempo lleva por apellido pandemia, con ese "de" adelante que lo hace más pretencioso o hasta cosificante: un tiempo que es de algo, exclusivamente de algo. Sabemos, gracias a Caparrós, que atraparlo siempre es un intento fallido. Lo interesante de su propuesta radica en que el fracaso es condición de posibilidad: permite intentar una vez más. No fracasamos en el intento: fracasamos por intentarlo.

Presentar las crónicas que siguen, después de largas semanas de duelo, implica arremangarse y aceptar esa parte del juego que asumimos al iniciar cada edición del taller: en algún momento, se termina. Aun cuando corregir, reescribir y editar sean como esos prólogos que Macedonio Fernández hiciera a su propia novela: partes indisociables, casi capítulos, del texto final. Esta presentación es un profundo reconocimiento al diálogo y a la colaboración en la escritura, a su enseñanza y a su aprendizaje. Las crónicas aquí prologadas pueden mostrarse como resultado pero expresan un tiempo en el que comenzamos a reflexionar sobre cómo escribimos, cómo decimos, qué nombramos (o al menos empezamos a preguntarnos cómo hacerlo de una manera más feliz).

Los y las autoras de este volumen buscaron atrapar el tiempo en pandemia haciéndose del mismo: cuando permanecimos (en el cuaderno, en el documento de Google, pero también en las escenas que narramos), cuando entendimos o nos preguntamos (por el cómo, no tanto el por qué). Fuimos acompañándonos en este pasaje a medida que las palabras iban cubriendo las páginas mientras advertíamos situaciones y descubríamos detalles. Y en ese acto de narrar nos fuimos también encontrando, reconociendo, pudimos vernos en ese intento, hoy, acá. Ese fue el producto de mayor espesura.

El volumen se compone de cuatro partes, que organizamos de un modo arbitrario pero que esperamos puedan dar cuenta de cierta comunión entre las crónicas que contienen. En la primera, que titulamos Los encierros, encontramos que Verónica Quintela escribe en "Con-tensión" sobre la dinámica de trabajo que los profesionales de un Centro de día llevan adelante con Pancho, quien en sus modos de hablar y moverse nos muestra cómo vive un encierro prolongado un adulto con discapacidades intelectuales y trastornos de conducta. Encontramos aquí también el despojado relato de Nicolás Suplikievicz, "Adentro y afuera". En él, ocho escenas nos muestran los miedos y las nuevas rutinas de Anuska y Mijal, un matrimonio polaco radicado en Muñiz. Su crónica refuerza la idea de frontera entre el adentro y el afuera que la pandemia instaló mayormente en la población con comorbilidades o considerada más vulnerable al nuevo peligro. "Marina", de Agustín Tajani, es una oda a dos mujeres que portan el mismo nombre. En su crónica, el autor nos presenta una historia de entrega y gratitud, pero también cómo pasa los días una mujer de 92 años con hiperobesidad, postrada desde hace catorce, que reconoce al mundo (o al menos a las personas que caminan por Alberdi, en Caballito) a través de unos binoculares, y cómo administra su cuidado Marina-hija. "Sofía y la pandemia" es el relato de Marcelo Sosa sobre cómo transita los cambios en los tiempos y espacios laborales una joven empleada de una empresa mayorista de sahumerios: su registro da cuenta del teletrabajo como un "home office-full time", del que la protagonista no puede salir.

En la segunda parte, Las llamadas, Soledad Rivarola, autora de "En el horno", muestra cómo Ale, un profesor de artes visuales de una escuela de educación especial, se abalanza sobre nuevas tareas docentes que la virtualización de la enseñanza puso en escena: la organización del cuidado de los más pequeños. "Las 11:25", de Tomás Vallone, es un registro de la experiencia de Narel, una niña que transita la escuela primaria virtualizada, a lo largo de una hora y diez minutos de reloj: las video llamadas y el WhatsApp son los canales de comunicación con su docente, mientras el lápiz a punta de lanza deja huellas de su enojo por la situación. "T llamo", de Soledad Suárez, es una crónica sobre los shortcuts que la protagonista realiza para huir de las garras del teletrabajo y los click en el botón de off para (re)encontrarse consigo misma en una llamada terapéutica. Los "stop", "falta poco" y "¡dale, dale, dale!" del rojo-amarillo-verde del semáforo le dan paso a la teleterapia.

En la tercera parte, titulada Las visitas, Mariana Rojas, autora de "La espera", narra cómo es un día de visitas familiares para Luisa, una mujer que lleva las cuentas del tiempo pero que padece pérdida de memoria; mientras que "Las tortas fritas de la abuela" es un bello recuerdo sellado en la infancia que Catalina Trullás convierte en una crónica a partir de revisar cómo se teje el vínculo entre nietos y abuela, mediado por la infaltable receta de Doña Petrona, a la distancia. "Las burbujas de Serena", de Macarena Zapata, es una crónica sobre cómo la pandemia moldeó ciertas relaciones sociales: su relato muestra la tensión entre el home office de padre y madre Borgues y las prácticas sanitizantes que debe realizar la nueva niñera, una extraña puertas adentro, de su pequeña hija. "¿Es solo un estudio más? La salud no esencial" es el relato de Micaela Ruiz Díaz sobre las visitas médicas de Nélida para la realización de una colonoscopia de control, instalando la incertidumbre, propia de estos tiempos, que

vivieron algunos usuarios del sistema de salud. Pablo Sabalain en “Covid o no-covid, esa es la cuestión” pone de relieve el criterio para la administración de las visitas de familiares de pacientes y enfermos, a partir de lo cual narra cómo se gesta la vida al interior de un sanatorio, en donde el virus acecha a una habitación de distancia.

Las batallas es el mosaico de relatos que cierra este volumen. Allí, “¡Gritos al cielo por una medianera!” es la crónica en la que Rossana Rojas retrata la historia de Angelina y María, vecinas de Costa del Lago. Una discusión sin fin por la medianera que divide sus casas se esgrime en la urgencia de ventilación, lo que marcará el aliento de esta aguafuerte que nos recuerda a los “Pequeños propietarios”, de Roberto Arlt. Por su lado, Martín Sánchez, en “La función tiene que continuar”, nos ofrece la crónica de una jornada laboral más o menos habitual en una pequeña fábrica de colchones que yace en la frontera entre José León Suárez y Villa Adelina. A través de una pluma fresca, su autor nos muestra un suburbio en el que nos topamos con cierta corrosión de las medidas decretadas para la prevención del Covid-19. “Día de entrenamiento: cuidado con el jefe”, la crónica de Rodrigo Soto Molina, nos invita a conocer el Centro de Entrenamiento Policial de Villa Zagala a partir de las historias de Alejandro y Martín, y nos muestra cómo la pandemia afectó el funcionamiento de este Centro de efectivos (aunque no tanto como la llegada del “Míster”). “La cara de la pandemia” es la crónica que Gabriel Yardin escribió sobre la posibilidad de tomar distancia de la rutina laboral que para trabajadores como Carlos significó la cuarentena. Su autor muestra a los personajes a partir de ese cúmulo de contradicciones del que estamos hechos, parafraseando a Hebe Uhart, y que la pandemia en muchos casos exacerbó. Finalmente, Agustina Varela, en “La virtualidad militante”, narra escenas de la militancia partidaria de Florencia, en tiempos donde la pantalla desplazó al territorio: las reuniones en la calle Perú, en el local del MST, se trasladan a su habitación en el departamento donde vive con sus padres en el barrio de Almagro. Allí la autora nos deja ver cómo ciertos fallos en la red entrecortan los fervores.

Todas y cada una de estas crónicas que los y las autoras del volumen han escrito en y para el Taller de Escritura y argumentación fueron pensadas y sentidas desde el primer borrador: no faltan las historias de hijas, madres y abuelas como tampoco las de los compañeros de trabajo o de aquellos con quienes los y las autoras comparten la diaria o son destinatarios de su obrar. Y eso no es algo menor: han logrado mostrar qué es lo que nos revelan estas pequeñas historias, de nuestra contemporaneidad: qué nos muestran y cómo lo hacen. Desprovistas de reflexiones teorizantes, la mayoría de estas crónicas resultan herederas de esas aguafuertes ágiles, ligeras, a partir de las cuales sus autores han intentado corroer sentidos enquistados.

Nuestro total agradecimiento a Daiana Márquez, adscripta de la cátedra, por su “asistencia perfecta”.

LOS ENCIERROS

CON-TENSIÓN

Por Verónica Quintela

El Centro de día "El eco", una institución que trabaja con jóvenes y adultos con discapacidad intelectual y trastornos de conducta, cambió su rutina y alternó su trabajo entre la presencialidad y la virtualidad. Promediando el mes de mayo del año 2021, como en otras oportunidades, se volvió al "encierro total", a trabajar desde la distancia. Así, otra vez el Centro dio marcha atrás a las actividades presenciales y comenzó el trabajo a través de los dispositivos tecnológicos que estuvieran al alcance de cada familia. Profesionales, familias, jóvenes y adultos concurrentes tuvieron que repensar cómo estar lo más cerca posible, pero desde lejos.

Otro día en la tarea educativa/terapéutica. Lunes, 11 horas, primera actividad del día. Se abre el Zoom y ahí están los concurrentes de "El eco", que de a poco van "entrando", ya todos con cierta independencia en el manejo de la aplicación. Con el micrófono abierto, se escucha a Pancho hablar sin parar: "...llegó la policía...", "...yo no me como ninguna...", "...yo emboco a cualquiera...", sin poder armar un discurso lógico, las frases están alteradas y alternadas, todas refieren a agresión: "...hoy a la mañana ya me peleé con el barrendero...","... mi izquierda pega fuerte...", dice entre tartamudeo y tartamudeo, tocándose la cara sin parar.

El encuentro por Zoom continúa admitiendo concurrentes: -Buenas, ¿cómo están?, -Hola profes, todos como siempre, con sus cámaras y micrófonos prendidos, permitiendo reconocer sus voces y gestos característicos. Se escucha a Pancho por sobre el resto. Sus compañeros se muestran azorados, están callados. No es habitual que Pancho verbalice tanta agresividad. Siguen los saludos. Concurrentes y profesionales desvían su mirada al cuadradito que muestra a Pancho con ojos desorbitados, se acercan a la pantalla y logran notar una actitud de "desborde" (cuando un concurrente se desestabiliza emocional y conductualmente). El que habla verborrágicamente, que muestra un desorden conductual teñido de agresividad, es Pancho, "nuestro viejito", como lo llama la directora, "el pontífice", como le dice una tallerista, "Panchito", como lo miman sus compañeros. Él no puede ser. Pero es él, y está desorganizado emocional y conductualmente.

Continúa la admisión al Zoom. Pablo y Natalia, profesionales del Centro, intentan calmarlo y, principalmente, organizarlo, le señalan y remarcan que "pare". A la distancia el mayor recurso es la voz, los distintos tonos de voz, las distintas entonaciones. Hay registros más suaves y dulces, y hay otros más fuertes e imperativos. Está, también, la gestualidad, que acompaña a cada palabra. Parecen actores, ponen el cuerpo, su cara, la voz, su mirada, entonan guiones, logran llamar la atención. Se hace un silencio. Pancho para, los visualiza, por lo menos así lo creen a través de la pantalla. Natalia le pregunta: -¿Qué pasó?, Pancho no puede referirlo. Se vuelve a respirar tensión. Es posible que lo vuelvan a perder. Rápidamente ahora utilizan diferentes estrategias a través de la palabra, no solo el tono de voz. Hacen chistes, frases que, saben, lo tranquilizan, le gustan, lo distraen, o sencillamente lo sacan del tema. -Viejito, -Pontífice, -Panchito

-lo llaman-. Y en ese llamado siente un privilegio. Sus ojos se estabilizan, el color del rostro se va apagando, normalizando, no está tan encendido. Todo su cuerpo se vuelve a unir, es nuestro Pancho otra vez.

Hacía unos días que venían notando actitudes extrañas en Pancho, cada día que pasaba se desorganizaba un poquito más, principalmente en sus discursos, mucho más confusos de lo habitual.

Pancho tiene 56 años y una discapacidad intelectual, hizo toda la escuela primaria y parte de la secundaria en escolaridad convencional. En su época no se hablaba de integración educativa, ni mucho menos de inclusión. Tal vez sea por eso que no pudo seguir estudiando. Vivió con sus padres y después con su hermana menor hasta que esta se casó y dejó la casa natal. Pancho, que nunca se llevó muy bien con su hermana, era el "protegido" de sus padres. -Lo dejaban hacer lo que quería por sus "berrinches", -Un pibe malcriado, -Hacia lo que quería con mis viejos -dice su hermana-.

Luego de la muerte de sus padres, que fallecieron hace más de diez años, con una diferencia de seis meses cada uno, Pancho perdió todas sus capacidades adquiridas. Quedó abúlico, sin ganas de nada, sin hablar, con movimientos lentos y otros estereotipados. Su hermana, ya casada, tuvo que hacerse cargo de él. Con ella convive en la actualidad, junto a su cuñado y dos sobrinas. Esta convivencia le permitió a Pancho sobreponerse, recuperar sus habilidades e incorporar nuevas. Volvió a tener ganas de vivir, a ser feliz, a reír, a soñar. También, con su vitalidad, volvió su carácter: -Es un déspota -dice su hermana-.

Hoy apareció también el desgaste de la edad y el encierro prolongado. Algunas capacidades se hacen más lentas, algunas se pierden, otras cambian. Convivir con un adulto mayor con discapacidad mental es un desafío muy difícil de afrontar.

Luego del episodio de desorganización conductual de Pancho, los profesionales de la institución conversaron con su familia, quienes refieren un episodio de agresión durante el fin de semana, una discusión entre hermanos, gritos, insultos: -Hasta una botella me revoleó, -Llamé a la policía y cuando vinieron el señorcito como si nada... y la policía se fue, -dice, otra vez, la hermana-. ¿Qué dirá Pancho?

En episodios como este, la institución organiza un plan de contención, comprendiendo que la familia "necesita" que el concurrente pase menos tiempo en su casa; y que Pancho necesita mayor contención. Por el momento y mientras dure el distanciamiento preventivo, las video llamadas, las llamadas telefónicas y los encuentros por Zoom son los principales canales de diálogo. También se realizan algunos encuentros "cara a cara", pero son los menos.

La virtualización del trabajo en el Centro de día de ningún modo reemplaza el "estar", el poder ver "detalles" que de esta manera se escapan de las manos y del cuadradito de la pantalla. Se dice que el cuerpo habla y en estas circunstancias es una gran verdad: nos expresamos no sólo con las palabras sino también a través de gestos,

señales, movimientos, actitudes, posturas. ¿Podríamos haber prevenido o anticipado el desborde de Pancho en nuestra anterior "normalidad"? Percibir cambios, contener, estar, abrazar, sostener, parar, es todo lo que "perdimos". Hoy todo no es igual, lo que queda es pérdida y confusión. Lo que hay es potencia; lo que queda, simple naufragio.

La pandemia, el Covid -19, el encierro, el aislamiento y la distancia después, el no verse con otros que antes uno frecuentaba, el no vivir ya del modo en el que lo hacíamos, el cambio de rutinas, el armarnos de otras vidas en mayor soledad, resultan costos muy altos para los "Panchos" que habitan instituciones como este Centro. Cualquiera de nosotros ha cambiado, sentido un abanico de sensaciones y emociones, por momentos nos hemos desorganizado, hemos estado tristes, alterados.

Un señor de 56 años, con discapacidad intelectual y trastornos de conducta, al que algunos llaman "Panchito", o "viejito", o "pontífice", o "déspota", también ha cambiado, se ha sentido un torbellino, se ha visto desorganizado, triste y alterado.

La rutina de Pancho hoy está rota, como lo están su estabilidad emocional y conductual. Que tire la primera piedra el que esté libre de pandemia.

-Demanda todo el día, -Habla sin parar, -Interrumpe las conversaciones, son actitudes esperables para la patología de Pancho, que necesitan de una constante mirada y sostén por parte del otro, que usualmente se ofrecían en aquellos días en el Centro. Hoy su familia "desea" no vivir más con él. Pancho deberá, en los próximos tiempos, cambiar de hogar, vivir en una institución, armar otra vida, otra rutina.

ADENTRO Y AFUERA

Por Nicolás Suplikievicz

I

Por la ventana empañada se escuchan los pájaros, los gorjeos de las palomas en un nido en algún lugar de la columna del departamento del vecino. A lo lejos se ve un pino Paraná verde, de esos que se encuentran en algunas plazas, que no cambia de color al pasar los días. La quietud de los edificios. Otros edificios que crecen a ritmo lento. La cancha de fútbol que está sola. El silencio del club Muñiz a metros nomás. El viento que silba, en un sol que sale incipiente del horizonte.

II

Anuska y Mijal, casados hace cuarenta y cinco años, viven en un departamentito en el segundo piso de un edificio de la calle Las Heras en Muñiz, son personas grandes, ya jubiladas por tantos años de trabajar gran parte de su vida.

Anuska no puede dormir por los dolores en las piernas, los brazos, la espalda de un cuerpo cansado de tratamientos largos de una quimioterapia y de rayos por el cáncer que la asedió en el pecho y el ganglio linfático, una operación en la cabeza por un quiste molesto, aunque no malo, que sacaron los médicos. El resultado de la lucha contra la enfermedad es un síndrome mielodisplásico, consecuencia de las contraindicaciones de los medicamentos, que no le deja producir bien glóbulos rojos, plaquetas, tendones y músculos, a lo que se suma la artrosis que le deforma los huesos y la retención de líquidos por no moverse, que la "hinchan" produciendo úlceras que acentúan su pesar.

Mijal tiene problemas respiratorios severos pero a la vez "no tanto": según el día cambia de humor por el malestar de la respiración, aunque también puede ser por los dolores en la espalda que no lo dejan dormir bien.

III

El tren pasa con su intrépida fuerza. La frenada del colectivo en la parada y el pasar de los autos, la bocina de alguno apurado, el ronroneo de algunas motos.

IV

Anuska duerme al otro lado de la puerta de entrada del pequeño living, sobre un sofá cama de una plaza del que solamente se remueven los almohadones para el armado de la cama, está ahí porque le parece más cómodo que la habitación, por no poder moverse. Cuando se despierta le pide ayuda a Mijal para ir al baño, para poder moverse pide ayuda. En las noches utiliza un camisón para dormir que se lo puede sacar a duras penas. De día, se pone un vestido estilo canesú, que es como un vestido parecido al camisón, para estar más cómoda.

Mijal duerme en la habitación pequeña, en una cama de una plaza, separadas ahora porque hace un tiempo atrás estaban unidas. Mijal cuando descansa lo hace con short y remera, y si se cambia se pone camisa y jeans porque no utiliza otro tipo de pantalón.

Él prepara el desayuno para los dos. Ella se sienta en un sillón de oficina porque la silla de ruedas no le gusta y las sillas comunes no las puede mover para acercarse a la mesa. Donde desayunan está la computadora y, en la pared, colgada la televisión. Él, mientras lava las cosas que quedan del desayuno, Anuska se dispone a encender la computadora para ver Facebook y, en el celular, los mensajes de la familia, amigos y allegados. Pone el noticiero en la televisión para enterarse de lo que pasa en el país.

Anuska pasa su tiempo en la computadora pagando las cuentas e informándose sobre lo que pasa en la calle, es una vida ajena a ella, pero propia a la vez. Desde la mesa donde está la computadora se ve, enfrente, el televisor, clavado en el canal de noticias. Ahí escucha que los contagios se incrementan, que colapsan las camas. Llama a Lucho, un amigo chileno que estuvo internado seis meses con respirador artificial por Covid y de quien mientras estaba internado fallecieron su mamá, que vivía con él, su hermano y su sobrino. Lucho y su familia se habían contagiado luego de ir su sobrino a un cumpleaños.

Anuska: ¡Hola! Lucho, ¿cómo estás? (en altavoz y por WhatsApp)

Lucho: Hola Anita, bien aquí por suerte.

Anuska: ¿Cómo te sentís?

Lucho: Y aquí recuperándome, ya sabes que estoy haciendo terapia vía Zoom por la compu con la fonoaudióloga porque no puedo comer bien, recuperando fuerzas de las sesiones de kinesiología. Cachay

Anuska: Me alegro.

Lucho: ¿Mijal y tu hijo cómo están?

Anuska: Por suerte bien, Mijal está lavando las cosas y, bueno, Nico en casa, que no salga, pero por suerte todo bien.

Lucho: Sipo

Mijal: Saludos, Lucho, hermanito, sabes cómo me tienen...

Anuska: Bue Mijal, me alegro, saludos, chau, chau.

Mijal: Chau (entre risas)

Lucho: Saludos a vos Mijal, mándale saluditos a Nico.

Mijal termina de ordenar la cocina, la habitación, la cama del living. Anuska sigue escuchando las noticias pero con la computadora clavada en Facebook se entera que una prima y su marido fallecieron de Covid y se lo comenta a Mijal, que se dispone a buscar los medicamentos de ambos, debe ir a la farmacia. Se pone dos barbijos para salir a la calle.

Anuska: No te olvides las recetas y las tarjetas.

Mijal: Siiii Anita (ofuscado), después vuelvo y voy a comprar a la Alemana.

Anuska: ¡Cuídate!

V

Se escucha el zumbido de la sirena de una ambulancia, sonido de sirena distante por protocolo. A lo lejos murmullo de la gente, la ciudad en un alboroto lejano.

VI

Anuska llama a Alejandra, su sobrina, para saber cómo está, lo único que sabe es que estaba con malestar. Su sobrina vive al fondo de la casa de los suegros, sus hijos están separados por distintas viviendas. Además de su sobrino y la hija, su marido había fallecido de un paro por no poder ser atendido a tiempo ante la saturación de camas por Covid. Marita, su cuñada, vive con los padres, son los suegros de Alejandra. Su sobrina le avisa que se hizo el hisopado para saber si tenía Covid: su hijo Ezequiel y su nuera están infectados, su hija Ayelén con el marido, también.

Alejandra: -Mi suegra está con neumonía por el Covid. Somos un montón y cada uno se tiene que quedar en su casa. ¡Es un tarado Ariel –sobrino-! En el cumpleaños de Marita, por no usar barbijo, nos contagió a todos. ¡Que era solo un resfrío!

Anuska: -Bueno Alita, no te pongas mal.

Ellos viven en un solo terreno. Marita ya está grande y sus padres son ya mayores. Arriba de la casa, en una casa separada, viven las hijas con sus parejas y el sobrino con la hija.

Anuska llama a su amiga Ángela para saber cómo está, quien le cuenta que su hija y el marido de su hija salieron a la plaza con sus hijas. Mariana y su familia se contagiaron de Covid en la plaza, todo por salir por el cumpleaños de Selva, para disfrutar del espacio verde. Indignada, la amiga le comenta: - ¡Ahora están todos encerrados por esa boludez!

Mijal toma recaudos de sanitización, especialmente con todas las personas que van al departamento. Alejandra, que ayudaba en la limpieza, no irá por un tiempo al departamento. Entonces, Anuska por teléfono ayuda a Alejandra sobre cómo debe hacer con los trámites por el fallecimiento de su esposo, el acta de defunción, la pensión, todo esto, para el bienestar de su sobrina. Anuska transcurre su día en el sillón. Llama por el teléfono de línea a su hijo, le dice que se olvida de ellos, le cuenta lo de su sobrina y su hijo le dice que la prima de una compañera suya de la facultad falleció repentinamente, que la tía de ella se encuentra bien, pero que su primo está mal, internado, en una situación delicada.

Las preocupaciones de Anuska "le pesan": todo está colapsado; familia, amigos, conocidos.

VII

El silencio de la noche fresca. Todo oscuro, solo las luces de las casas, los edificios y las calles. La plaza es de un amarillo del resplandor intenso, con el pino ahora de color negro.

VIII

Anuska le comenta las noticias de la familia a Mijal. Mijal llama a su amigo Pulma para saber cómo se encuentra. Le cuenta que ya está cansado de estar encerrado y de no salir a ningún lado, que su hijo médico se había contagiado de Covid pero que ya estaba bien en aislamiento.

Bety, la enfermera amiga de su hijo, le aplica una inyección del tratamiento prolongado que parece que no se detiene y que es burocrático al máximo: escribe mails cada dos o tres semanas según vaya logrando le autoricen las inyecciones. Al llegar Bety, con 43 años de experiencia, la misma edad del hijo de Anuska, toma los recaudos necesarios: se rocía con alcohol las manos al llegar, la ropa y la plataforma de los zapatos, lleva puesto su barbijo todo el tiempo. Durante su jornada, Bety pasa muchas horas en la calle y con otras personas enfermas. Si Mijal está haciendo algún trámite, le indica al portero que él le abra a Bety.

Suena el teléfono de Anuska y ve en la pantalla que es el portero avisando que no puede salir y tampoco entrar nadie al departamentito porque los inquilinos del departamento de al lado están contagiados de Covid. Una semana antes, esos vecinos les habían pedido un destornillador para colgar un mueble y unos cuadros. La enfermedad se acerca, es silenciosa. Anuska llama a su hijo ante el aislamiento impuesto. Su hijo llega y, por el miedo que avanza, lo bañan en alcohol. El aislamiento muestra sus vidas más solitarias. "Víctor Hugo se contagió de Covid", dicen las noticias por la televisión.

Las herramientas de Anuska, que dos veces no puede moverse, por peligro al virus y por imposibilidad física, son su teléfono celular, las redes sociales y las noticias de la televisión. Mantiene viva la esperanza: que su hijo no se contagie.

MARINA

Por Agustín Tajani

Hace 14 años que Marina, la mayor de siete hermanos, se encarga de cuidar y gestionar los cuidados de su madre, también llamada Marina. La madre es una mujer de 92 años que padece hiperobesidad, lo cual la llevó, a lo largo de los años, a moverse cada vez menos, hasta el punto de ya no poder levantarse de la cama. Marina hija tiene 65 años y está jubilada de médica, actualmente va todos los días desde las 10:30 hasta las 13:30 a visitar a su madre en su departamento de 4 ambientes en el barrio de Caballito. En estas visitas diarias, charlan acerca de los otros seis hijos de Marina madre, sus doce nietos y seis bisnietos, y juegan varias partidas de generala. Marina hija le habla a Marina madre acerca de la muerte y le hace llamar por video llamada de WhatsApp a sus otros hijos, los que, al no escucharlos bien, le deben repetir varias veces las cosas.

Marina madre toma sus binoculares y a través del ventanal contiguo a su cama ve que las personas caminan con el rostro semicubierto por la Avenida Alberdi. Pregunta acerca de por qué la gente camina con tapaboca: - Es por el virus, mamá -responde Marina hija. También la madre hace constantemente la pregunta de por qué sus hijos Gustavo o Eleonora (que son dos de los cuatro que viven aquí en capital) no van a visitarla más seguido, a lo que la hija le responde nuevamente: -Es por el virus, mamá. Marina hija es quien se ocupa de algunos cuidados médicos y tareas necesarias para velar por la salud de su madre: llevar muestras de sangre al laboratorio, comprar pañales, hacer las compras de almacén, conseguir recetas y gestionar la internación domiciliaria, resolviendo problemas y buscando reemplazos del personal que atiende a su madre ante algún caso sospechoso o positivo de COVID. Marina es quien controla que todos cumplan con la tarea que deben realizar.

En su internación domiciliaria, Marina madre cuenta con personal de cuidado las 24 horas: cinco cuidadoras que se van rotando, de día siempre hay dos y de noche siempre hay una. Marta, la enfermera que la atiende, va dos horas por día. Lucas y Juan, los kinesiólogos especializados en problemas respiratorios, y Lilian, la médica, van semanalmente. Marina pasa sus días y noches, desde hace catorce años, en una cama ortopédica y conectada a un BiPap (tipo de respirador mecánico).

La última vez que Marina madre salió de su departamento fue para el bautismo de una de sus nietas, en el ´99. Luego de eso el deterioro de su salud y las fobias a salir y moverse la llevaron a levantarse cada vez menos de la cama. Con el tiempo vino el deterioro de su capacidad cognitiva, hace al menos cinco años que no administra su dinero. En 2017 tuvo un cuadro severo de insuficiencia respiratoria, por lo cual hubo que moverla sedada hasta una cama de terapia intensiva en un hospital. En esa ocasión, en la que pasó varias semanas internada, tanto los médicos como Marina hija y sus familiares, creyeron que no iba a sobrevivir. Todos sus hijos fueron a verla desde Mar Del Plata, Bariloche e, incluso, Estados Unidos. Contra todo mal pronóstico, Marina madre se fue recuperando, razón por la cual los médicos recomendaron mandarla a una institución geriátrica con cuidados especiales, ya que los cuidados que debía tener de ahí en más les parecían “imposibles de mantener en un departamento”.

Sin embargo, Marina hija consideró lo contrario. La idea de llevarla a un establecimiento geriátrico se le aparecía como un desarraigo muy grande para su madre: ella es médica cardióloga y acupunturista, trabajó muchos años en hospitales, conocía muy bien a lo que se enfrentaba.

Hoy Marina hija, por estar ya jubilada de su profesión médica, tiene tiempo y capacidad económica disponible para encarar lo que, a esta altura y luego de catorce años, es una internación domiciliaria permanente.

Entre los cuidados especiales cotidianos que Marina hija y el personal llevan adelante, están ayudar a la madre en el uso de la máscara del respirador, realizar diversos movimientos de distintas partes del cuerpo para ayudar a la movilidad muscular, aplicarle cremas y otros productos para prevenir y curar hongos que pueden salir a causa de la humedad en los pliegues de la piel, ayudarla a ir al baño, ocuparse de la comida, provisión y elaboración de los alimentos, el cambio de sábanas diario, entre otras tareas de mantenimiento del hogar e higiene de la madre. En ocasiones, Marina hija también se encarga de gestionar el sistema eléctrico necesario para el funcionamiento de los aparatos que son completamente imprescindibles para la salud de su madre: en ese edificio sobre la Avenida Alberdi al 800, en el barrio de Caballito, la luz se corta muy seguido, por eso Marina hija consiguió un generador para el departamento. Está al tanto de cada falla en los equipos médicos, en las instalaciones antiguas de luz y en los electrodomésticos de uso constante e intensivo.

Con la pandemia, la situación ya complicada de mantener la internación en el departamento se agravó aún más. En un principio, cuando todavía no se sabía mucho sobre el COVID, se extremaron los cuidados de todo el personal, incluso reduciéndolo: no asistieron más la enfermera, los kinesiólogos y la médica, responsabilidades que también asumió Marina hija. Todas las medidas de distanciamiento y desinfección representaron y representan una complicación: el cuidado de Marina madre requiere contacto estrecho y físico. En este nuevo esquema, las cuidadoras ya no tienen que salir de la casa para hacer compras (que también hace Marina hija a través de compras online, delivery de algunos mercados del barrio y, para los insumos médicos, Mercado Libre) y cumplen un régimen de reemplazo entre ellas de 7 días en el departamento y 7 días no. Los médicos especialistas asesoran a Marina hija a través de video consultas.
Todo esto conllevó y conlleva grandes esfuerzos diarios por parte de Marina hija, a la par de mucha angustia y estrés ya que el virus es impredecible y más aún sabiendo el riesgo de vida al que se ve expuesta su madre de contraerlo. A diario viven situaciones que rozan el contagio de ambas por COVID (las cuidadoras han sido contacto estrecho de otras personas con COVID, o directamente han dado positivo). En una de esas ocasiones, Marina hija tuvo que reemplazar a dos cuidadoras, por otras dos. Una de ellas ya había tenido experiencia con los cuidados de Marina madre, pero la otra no, complicando la situación aún más, ya que esta última no podía ejercer los cuidados de la mejor manera (por desconocimiento).

Hoy Marina hija tiene dos dosis de la vacuna contra el coronavirus, Marina madre una y prontamente la siguiente.

Esta colosal tarea del día a día, que Marina hija lleva adelante como trabajo, con oficio y deber, le permite seguir “aprendiendo y entrenando constantemente sus virtudes”, como ella suele decir, atado a la preocupación porque su madre “pase su último tiempo de la mejor manera”. Marina hija no claudica en ese esfuerzo sobrehumano que las complicaciones diarias y el manejo del grupo de personas que cuidan a su madre, le demandan: es ejemplo de trabajo, de organización, de resolución de conflictos.

SOFÍA Y LA PANDEMIA

Por Marcelo Sosa

La pandemia, que en un principio pensamos que había llegado por un tiempo no muy prolongado, hoy nos parece que llegó para quedarse. Sofía no tiene el apuro por devorar su desayuno ni para salir en forma apresurada hacia el colectivo que la llevara a su jornada laboral: en su nuevo amanecer, el desayuno y su trabajo conviven juntos como una hermandad frente a su notebook. Eso que algunos llaman Teletrabajo.

Sofía pasó de un escritorio en la empresa Shantala, una importadora mayorista de sahumerios, donde realiza tareas en el sector administrativo de venta (toma pedidos, los factura, para que luego el sector de logística lo envié a los clientes), a trabajar en el lugar de la casa que se lo permitan su madre, su hermana y su perrita, con quienes convive en el ph que tiene un living comedor, dos habitaciones, una cocina comedor, un baño y un patio al que dan todas las habitaciones. Sofía vive en Villa Pueyrredón, un barrio de clase media en la zona norte de CABA. El sol que entra por esas ventanas que dan al patio le da la energía necesaria para empezar con las video llamadas, videoconferencias, el uso del WhatsApp hasta en el baño. En esas pantallas son sus familiares, amigos, clientes, proveedores, compañeros de trabajo y jefes los que se van sucediendo en los "cuadraditos" en los que centra su mirada. Sofía se viste, arregla y pinta como si fuese a la oficina, no le gusta estar desarreglada: a sus 25 años es muy coqueta. Advierte muy temprano que falta feedback, que no puede apreciar el estado de ánimo de esas caras (con suerte, muchas veces íconos), se le escapa de sus manos.

Es lunes, y mientras despeja su mesa escritorio de los platos que quedaron del almuerzo, Sofía habla por teléfono con Enrique, dueño de un local en la calle Pasteur en el barrio de Once. Su cliente le describe lo desierta que está la calle, que ya comenzada la tarde recién entra su segundo cliente del día, al que "por lo menos" logró venderle algo. Enrique le describe lo mal que le está yendo en su negocio: ve cómo bajan los ahorros en su cuenta bancaria mes a mes porque las ventas no cubren los gastos y cree que si la cosa sigue así va a cerrar su negocio en los próximos meses. Terminado este monólogo que Sofía escucha del otro lado, le dice: -Llamame la semana que viene y vemos si te compro algo.

Sofía nota la incertidumbre en la que está inmerso Enrique. No es que sea vidente, pero los relatos de la mayoría de los clientes suenan tan desesperanzadores que cada final de llamada termina con un silencio que pareciera no terminar nunca.

Diariamente, Sofía debe atender cada duda, inquietud o determinación a tomar, es la encargada de facturación. Comienzan las llamadas, los mails o las videoconferencias, "indispensables" para tomar las decisiones avaladas por sus jefes, para que no surjan dudas de lo hecho. El Teletrabajo, o también conocido como home office (full time), altera sus horarios, logra que pierda el sentido del tiempo, sus almuerzos no tienen una hora determinada o "lógica", simplemente suceden o se dan cuando la vorágine de su trabajo lo permite; su lugar de trabajo varía según la parte de la casa donde pueda estar tranquila; su final de jornada se extiende hasta que se termine la última responsabilidad asignada del día, o hasta que el Zoom que se organiza para evaluar y ver los resultados diarios termine. Muchas veces, esas evaluaciones son tan desesperanzadoras que cubren de desesperanza lo poco que resta de su día. Los resultados obtenidos durante la pandemia son altamente negativos y desfavorables a las metas solicitadas por la Casa Matriz, las evaluaciones realizadas con anterioridad y planteadas para este año terminan siendo inalcanzables para el sector de ventas.

Sofía ve alterado su orden laboral y también empieza a sufrir las presiones, la falta de horarios, el desaliento y el destrato de sus jefes, la sumersión en la vorágine cotidiana que la tiene inmersa en un laberinto de donde cree que no puede salir: WhatsApp, Zoom, video llamadas. Entra un mail, lo lee, lo responde; llega una consulta por WhatsApp, la lee y la responde; llega un pedido, lo carga: no vaya a ser que al día siguiente no salga en el reparto y el cliente no quede contento y satisfecho.

Sofía piensa en su familia y recuerda: - ¡Ellos me ven acá, así, y creen que trabajar en casa es más distendido!

La jornada laboral no termina nunca, la semana no tiene ni sábados ni domingos, las actividades se multiplican y se multiplican, y Sofía se pregunta: -¿Cómo en la oficina me alcanzaba el tiempo para hacer todo?

Cuando el reloj marcaba las 17, el día de Sofía terminaba; los sábados, los domingos y los feriados, no trabajaba; cuando eran las 17, comenzaba la vuelta a casa y a su vida personal. Hoy, el día resulta interminable, incómodo.

Hace mucho que Sofía no ve a su padre; a decir verdad lo ve, sí, por video llamadas, que son a diario, donde se comentan y preguntan cómo están, qué van a cenar, cómo estuvieron las clases por Zoom, esas cosas. Pero no hay lugar para el abrazo contenedor, ese que le daría la fuerza necesaria para seguir afrontando este cambio de rutina, en la cual se ve inmersa. Según expresa, el no poder relacionarse con sus afectos le genera una sensación de congoja: faltan cenas, reuniones, charlas, juegos y risas.

El distanciamiento social puede ser una gran herramienta para frenar esta pandemia, pero en lo afectivo termina siendo ampliamente desfavorable, y no hace otra cosa que incrementar su angustia emocional.

La organización de las tareas dentro del horario laboral la ayudarían, dice, a recomponer el orden de su vida personal. Hace bastante tiempo que Sofía sufre de trastornos del sueño y nota que no descansa a pesar de dormir; por el contrario, se levanta más cansada de lo que se acuesta.

Sofía empezó terapia. Su nuevo analista, a quien sólo conoce por Zoom, es quien ahora escucha sus angustias, decepciones y alteraciones. En este nuevo modo de vida que le parece interminable, Sofía hace y deshace una y otra vez una “nueva versión” de sí misma. Busca, como todos, bienestar y felicidad; hay días que, dice, siente que avanza un paso; hay otros, que retrocede diez; hay otros que se siente más quieta, sin saber qué hacer; y otros en los que, dice, cree haber resuelto todo.

En ese hacer y en ese buscar, Sofía encuentra la Fe: un nuevo aliado para seguir dando batalla a los cambios que afronta por esta pandemia.

LAS LLAMADAS

EN EL HORNO

Por Soledad Rivarola

El teléfono vibra en la mesa de la cocina. Vibra otra vez. Vuelve a vibrar. Ale entra rápido y lo agarra, camina de una punta a la otra de los dos metros cuadrados que tiene la cocina mientras lee el chat del grupo de colegas.

A: - ¿Ustedes sabían que tenemos que estar el jueves?

B: - Hay que hablar con Miriam. Si ya coordinamos un horario, tenemos que respetarlo. No pueden cambiar todo a último momento, sin consultarnos.

A: - ¿Hernán qué dijo? ¿Aceptó? ¿No tiene problema que le cambien la clase?

Sin terminar de leer los mensajes, vuelve a dejar el celular sobre la mesa. El teléfono sigue vibrando. Hubo un cambio a último momento, y la clase de gimnasia, que está programada para los jueves, se cambió por una actividad especial, en la que van a tener que participar los profes de formación laboral. Ale es profe de artes visuales, y es uno de los docentes a cargo de estos talleres en la escuela de educación especial San Francisco de Lanús. Sus alumnos tienen entre 13 y 18 años y hasta 2019 asistían al taller de lunes a viernes por las mañanas. En el aula, trabajan desde lo audiovisual, un poco de cine, un poco de animación, también fotografía. El trabajo es siempre en equipo, arman guiones en conjunto; mientras algunos se encargan de filmar, otros actúan. Desde que empezó la pandemia el espacio de taller tuvo que fusionarse con el área pedagógica de la escuela, cuyas actividades son prioritarias, según el Ministerio.

Es jueves y falta media hora para que empiece la actividad especial: hacer pan. Un papá del grupo de alumnos es panadero y se ofreció a enseñarles a los chicos. Ale, sentado frente a la mesa de la cocina, prende su computadora mientras enciende la Tablet de la escuela, por donde envía el link a la reunión de hoy por WhatsApp. Primero lo hace al grupo de padres, después a los chicos que tienen su propio celular. También lo manda por mail para la familia de Rocío, que así lo pidió.

La cocina es el lugar más iluminado del departamento donde vive Ale. Tiene una ventana grande y una puerta de vidrio que da a un balcón interno, por donde entra el sol de la mañana. La gata está arriba de la heladera, aprovechando cada rayo de sol. Son cerca de las 10, la reunión ya está por comenzar. Sin levantarse de la silla, Ale cierra la puerta de la cocina que está justo al lado de la mesa.

Una de las mamás del grupo le manda un mensaje por privado porque no puede ingresar con el link que le pasaron. Mientras habla con ella, se inicia la reunión. Ale está con el micrófono apagado: su función, hoy, es coordinar que todos entren y estar por si surge algún problema técnico. Se escuchan los primeros -¡Buenos días!, se van sumando saludos, que se mezclan con algunas preguntas, que son respondidas con el “delay” característico de la virtualidad. Uno a uno, se van encendiendo los micrófonos. De a poco se dejan de distinguir voces, y el ruido de la reunión copa el silencio de la cocina. Sobresale la voz del papá panadero que les va mostrando el paso a paso para convertir la harina y el agua en pan. Los pibes parecen enganchados, cada uno siguiendo la receta desde sus casas. Algunos chicos están con alguien que los está ayudando. Otros están solos.

Finalmente, se une la nena que faltaba. Ya están todos. Ale deja la Tablet a un costado, se para y prende la hornalla. Se queda esperando a que caliente el agua, mientras observa a la distancia la reunión. La mayoría tiene la pantalla prendida, de todas las imágenes que se ven, se detiene en la de Uriel. La mamá no pudo estar, está Uri sólo cortando la manteca casi en el aire. Ale se abalanza a la compu, y prende el micrófono:

-¡Uri! ¡Tené cuidado con el cuchillo! -le dice, mientras se acomoda en la silla. Uriel mueve la cabeza asintiendo. Ale sin volverse a parar, se desliza con la silla, que tiene rueditas, hasta la mesada para agarrar el mate que había quedado a medio hacer. Vuelve a rodar hasta la mesa, esta vez con el mate listo.

La atención vuelve a centrarse en Uriel que ya había dejado de cortar la manteca. No está mirando a la pantalla. Está apoyado sobre la mesa, con una mano se sostiene la cabeza y con la otra pincha con un tenedor un intento de masa (más parecido a un engrudo que a una masa). Nuevamente, Ale interviene en la reunión:

- ¡Uri! ¿Qué pasa? Tranqui, ponele un poco más de harina que te va a salir.

Apoyado sobre la mesa, y sin sacar la mano que sostiene su cabeza, Uriel contesta con una voz desganada que apenas se distingue de los demás ruidos de la reunión: -No me sale, no sé cómo hacerlo...

Cada vez más serio, Uriel se agarra la cabeza con ambas manos, pero antes que Ale vuelva a intervenir, abandona la reunión.

Ale se levanta de la silla, casi como si lo hubiesen impulsado unos resortes, vuelve a agarrar la Tablet que había dejado a un costado. Le escribe por WhatsApp y, como Uriel responde en seguida, le propone hacer una video llamada. Casi en simultáneo, desde su celular avisa a los otros profes lo que está pasando con Uriel, va a intentar ayudarlo en un “mano a mano” que, además, es lo que más extraña del trabajo en el aula.

Ale se vuelve a sentar; sin abandonar la reunión grupal, le apaga el sonido a la compu, apoya la Tablet sobre la pantalla e inicia la llamada con Uri.

Se encienden las cámaras. Están ellos dos solos lejos del sonido un poco agobiante de la reunión anterior. Ale, tanteando el estado de ánimo de Uri, le pregunta que hizo en la semana, y como venía con las otras actividades. Uri es uno de los más chicos del grupo, y tiene muy baja tolerancia a la frustración. Se enoja muy fácilmente cuando las cosas no le salen. Los primeros minutos, seguía ofuscado, sus respuestas se reducían a monosílabos, pero de a poco fue aflojando.

La gata de Ale, que seguía en la heladera, salta a la mesa y pasa por enfrente de la cámara. Se escuchan risas.

-¡Prepara la harina y el agua! -aprovecha para decirle Ale-.

Uriel, parado frente a la mesa, ubica delante de él el paquete de harina y una jarra con agua. Siguiendo atentamente las instrucciones del profe, comienza con la mezcla de ingredientes. Primero desparrama la harina formando un círculo, poco a poco va poniendo el agua, atento a que no se desparrame por la mesa. Estruja los ingredientes. Hay que poner más agua. Nuevamente, estruja. La masa va tomando forma. Una sonrisa cada vez más grande acompaña sus manos, que mueven la masa para un lado y para el otro de la mesa. La masa está casi lista.

-Ahora tenés que separar los bollos y dejarlos reposando para que leuden.

Uriel desaparece de la pantalla unos segundos, pero rápidamente vuelve con una bandeja y un repasador. El nene, cuidadosamente, acomoda los bollos en la bandeja, separados

para que no se peguen. Los tapa con el repasador y los ubica en un estante que está detrás de él.

Ale sabe que falta lo más importante, la actividad no termina hasta que el pan no se haya horneado. Sin saber a qué hora va a volver la mamá de Uriel, dice:

- Genial, ¡Uri!, ahora vamos a dejarlo como está y en una hora más o menos te vuelvo a llamar para que lo pongamos en el horno, ¿te parece?

Se saludan hasta más tarde y cortan la video llamada. Ale se para; eufórico, agarra la Tablet y empieza a escribir en el grupo de profes. Sale de la cocina, sin ver que la compu había quedado prendida, y que la otra reunión seguía.

-¡Compas! Al final salió todo bien, quedé en que lo llamo más tarde... - y empieza a grabar un mensaje de audio.

Como habían quedado, luego de una hora Ale llama a Uriel. Ya había llegado la abuela: el pan ya estaba en el horno.

La virtualidad le sacó sus herramientas de trabajo, lo corrió de su rol: el “mano a mano” con los pibes. El trabajo en el aula con “sus” chicos cobra nuevos sentidos y formas. Sus rutinas, sus juegos, la interacción, los vínculos, que a veces lleva mucho tiempo construir, se vieron resignificados y reelaborados, reconstruidos y reinventados. Desde que todo esto empezó, los esfuerzos de Ale se concentran en que nadie quede afuera, en contener situaciones que desbordan pantallas, que a veces parecen imposibles, o muy difíciles: mantenerlos conectados, no solo a la reunión virtual sino, fundamentalmente, a la escuela.

LAS 11:25

Por Tomás Vallone

- ¡No entiendo, seño! ¿Las preguntas hay que responderlas leyendo todos los cuentos? –le pregunta Narel a su seño Adriana, en la clase del jueves por Zoom-.

- Sí... Nare. -responde su señorita, mientras su cara se congela en la pantalla- Pero tenés que relacionarlo con el texto anterior, el de El diablo de la..., y no te olvides de... le er el dio fa de....

- ¿Seño? ¿Señooo? ¡Nooo! ¡Otra vez se colgó la señal de la seño, pá! ¡No entiendo nada... no entendí lo último que dijo! ¡Odio tener clases así!

Narel arroja su lápiz, como un dardo envenenado, apuntando a la enorme pared blanca de la cocina de su casa. Es jueves temprano, 10:15 de la mañana, y la clase virtual diaria del colegio de Narel recién comienza. El ambiente está perfumado por un intenso olor a café quemado y a crujientes tostadas con manteca. Su papá, sentado en la mesa de al lado y enajenado dentro de su mundo laboral virtual, mira a su hija de 10 años con asombro, dejando a un lado su taza de café tibio y un mail a medio redactar. El lápiz recién expulsado por Narel traza una rara parábola -que ni el propio Pitágoras podría explicar- y se quiebra virulentamente sobre la pared que se encuentra junto a la mesada de la cocina, donde reposa finalmente en el piso, dejando la marca de un rayón negro en medio de un inmenso vacío blanco, rememorando alguna obra de arte surrealista de Miró.

- Narel, ¡¿Qué haces?! ¿Cómo vas a tirar el lápiz así? ¿Qué te pasa? -le recrimina su papá-.

- Perdón, pá... Pero la seño se fue otra vez del Zoom y no entiendo lo que hay que hacer -explica Narel, al mismo tiempo que apaga la cámara y el micrófono de su notebook, para no ser vista ni oída por sus compañeros virtuales.

- Está bien, por ahí se vuelve a conectar en un rato... ¿Para cuándo tenés que entregar la tarea?

- ¡Ahora, papá! La tenemos que terminar para hoy, pero no sé cómo hacer estos dos puntos: la seño dijo que hay que leer el cuento de hoy, pero relacionarlo con otro que nos dio la semana pasada. Y la semana pasada nos dio como tres cuentos para leer. Las preguntas dos y tres hablan de este cuento y ¡otro que no sé cuál es! No entiendo nada...

- Bueno, primero levantá el lápiz del piso y después nos fijamos si la seño escribió en el grupo del WhatsApp. Quizá ahí termina de explicar las consignas y lo terminás de entender -le aclara su papá, mientras se incorpora y toma la goma de borrar de la cartuchera de su hija-.

Narel baja la mirada y frunce el ceño, al mismo tiempo que se agacha a rescatar al lápiz herido, el cual yace moribundo en el suelo de la cocina. Lo recoge, ante la atenta mirada de su padre, y vuelve a su mesa de estudio, donde busca frenéticamente el celular en su mochila, que está tirada encima de ese pupitre doméstico. Detrás de la mesa, su padre se esmera obsesivamente en borrar el rayón de la pared. No sale. Sigue y sigue, pero no

hay caso. Primero con la goma de borrar y después con un trapo rejilla húmedo. Pero tampoco: incluso queda peor. Quizá la situación amerite en decorar esa gigante pared en un futuro.

El reloj marca las 10:35. El papá de Narel vuelve del balcón donde dejó el trapo rejilla y se sienta al lado de su hija. Juntos revisan el chat de WhatsApp, grupo en el cual se comunican diariamente Narel con sus seños y compañeros, a la espera de una señal de vida de la señorita Adriana. Notan que la seño escribe velozmente en el chat, disculpándose ante sus alumnos por la pobre señal de su internet y por la trunca comunicación en la clase de ese día. Narel clava la mirada en su celular, acomoda su cuerpo en la silla, apoya sus codos en la mesa y encorva su espalda, esperando que su seño Adriana prosiga en la explicación. Pero los minutos corren, el reloj marca las 10:45 y el chat todavía está inmutable. El padre observa su computadora, mira a su hija, vuelve a observar su pantalla y cierra la sesión de sus mails. Acomoda su silla al lado de la de Narel y, acariciando el pelo de la niña, le pregunta:

- ¿Querés que te ayude? ¿Dónde tenés la fotocopia de las consignas?

Narel mira la pantalla de su computadora y el reloj marca las 10:47. Mira a su padre, asiente con su cabeza, cubre su rostro con las manos y se recuesta sobre la mesa, donde rompe en llanto. Con voz ronca y resquebrajada, explota:

- ¡No entiendo nada, papá! Vos no vas a entender, déjame sola...

Su padre mira la escena contemplativamente, apoya su mano sobre la cabeza de Narel y busca el momento adecuado para dialogar. Finalmente, la convence de salir al balcón, donde el fresco de la mañana acaricia los rayos del sol entornados en aquella galería del segundo piso. Narel se afloja, su cuerpo se rinde ante la presión suculenta de su pesar, y escupe su ira:

- ¡Siempre pasa lo mismo! Siento que no aprendo de mis tareas. Siempre me quedan dudas que la seño no me puede responder.

- ¿Les preguntaste a Tomy o Damaris o a algún otro compañero? ¿A ellos les pasa lo mismo? – la interroga su papá, mientras seca las lágrimas del rostro de su hija.

- Ellos tampoco entienden –retruca Narel, cerrando sus ojos y moviendo su cabeza de izquierda a derecha en un vaivén constante-.

El reloj marca las 11:11 y el sol ya se apoya plenamente sobre el balcón, iluminando con fulgor las figuras de Narel y su padre, fundidos en un tierno abrazo. Él sabe de la complejidad que atraviesa su hija ante este desafío de la escuela virtual: una modalidad inédita que reorganizó la estructura horaria de la casa. Con paciencia y mirándola a los ojos, le pregunta:

- ¿Estás más tranqui? Vamos que yo te ayudo y vemos qué es lo que te pide la seño en estas preguntas...

El reloj marca las 11:14. Narel asiente enérgicamente con su cabeza y juntos vuelven a la mesa del comedor, donde se encuentra el pupitre improvisado de la niña. Su padre se dispone a leer junto a su hija las consignas explícitas en la hoja del trabajo práctico.

Relee las consignas una y otra vez en voz alta, ante la mirada perdida de Narel. Por sus movimientos entrecortados e inquietos, dubitativos y expectantes, parece debatirse entre quedarse sentada o volver al balcón a calmar su angustia todavía presente. La niña escucha atentamente y, finalmente, se dispone a buscar los cuentos en cuestión para poder responder las consignas de su tarea, minuciosamente leídas y explicadas por su padre.

- ¿Qué pasa si la seño me dice que las preguntas dos y tres no están bien? -pregunta Narel, llevándose a su boca dos de las pocas pepas que todavía quedan en el paquete abierto sobre la mesa-.

- No pasa nada hija, quédate tranquila... si están mal la seño te va a decir qué es lo que tenías que hacer... pero las consignas de las preguntas se refieren al cuento de Elsa Bornemann y al del Diablo de la Botella. Lo estás haciendo bien.

Casi al instante, el celular de Narel comienza a sonar. La niña suelta su lapicera a velocidad luz y lo recoge con sus dos manos. Su seño, Adriana, le avisa por WhatsApp que ya pueden volver a conectarse a la clase, debido a que su Wi-Fi volvió a estar estable. La reunión por Zoom va a volver a estar disponible en el mismo link que la sesión anterior. Narel abre sus ojos como si acabara de recibir un gran regalo de cumpleaños y se levanta de su silla, expulsada como un resorte, al tiempo que grita con euforia la nueva noticia. Pasado el fervor, se vuelve a sentar, termina de masticar la última pepa del paquete de la mesa y abre su notebook. Se conecta a la nueva reunión y organiza sus útiles, acomoda su computadora al centro de la mesa.

El reloj marca las 11:25 y desde su computadora se escucha una voz tenue:

- ¡Hola chicos! Disculpen, pero hoy la señal está malísima. Ahora entré con mis datos móviles, así que no se asusten si en cualquier momento me vuelvo a desconectar -explica la seño Adriana a los pocos alumnos que se habían vuelto a conectar-.

- ¡Hola seño, la extrañamos! -responden al unísono Narel y sus compañeros-.

- ¡Hola peques! Vamos a esperar que se conecten todos, mientras tanto vamos repasando las consignas. ¿Quieren? Acuérdense de prender sus camaritas así los veo... Nare, ¿estás? ¿La tuya no te funciona? -pregunta la señorita Adriana-.

- No seño, no me anda... ¡No sé qué pasa! -responde Narel, al mismo tiempo que se cubre la cabeza con la capucha de su buzo negro y seca el surco húmedo de aquellas lágrimas que, minutos antes, habían recorrido sus tiernas mejillas.

T LLAMO

Por Soledad Suárez

Miro la barra superior del Sistema operativo de mi Macbook Pro, son las 18:00 hs. Quit Outlook, quit Skype, quit Chrome, quit Indesign, quit Acrobat, quit Illustrator. 5 shortcuts para huir de cada programa y un click en el botón de off de la computadora bastan para permitirme bajar la pantalla de la laptop y dar por finalizada mi jornada laboral. Inhalo-exhalo y subo la escalera de mi casa que, gracias a las paredes vidriadas que la contienen, hace que sienta que me acerco a la luz y que no haya límites entre los árboles, enredaderas, el cielo y yo.

Ya no necesito inhalar y exhalar, ahora con cada escalón me suelto y la sonrisa se hace más notoria. Y no es sólo por la belleza de lo que me rodea, también es martes y los martes a las 18:45 tengo cita con Valeria, la que me escucha una vez por semana hace cinco años. La que me pregunta y me hace pensar, la que me dice que llore en vez de reírme tanto, que está bien llorar, preocuparse, enojarse. Con ella, aprendo a valorarme y a empoderarme, a contenerme y a soltarme, con todo lo que soy.

Las primeras sesiones en situación pandémica, cuando todavía no entendíamos exactamente qué era lo que estaba pasando afuera, y sólo sabíamos que teníamos que permanecer dentro de nuestros hogares, cuando la amenaza era abstracta, desconocida y, sobre todo, constante, fueron en casa y con cámara prendida, supongo que para mantener algo de la presencialidad en el consultorio. Pero con el tiempo comencé a necesitar contar con total privacidad: por más que la casa sea grande y tenga rincones a los que pueda recurrir para encerrarme a desentrañar mi ser y lograr cierto resguardo de los oídos ajenos al 1 a 1 que tenemos con Valeria, sentía que estaba expuesta. Decidí que sería mejor salir a caminar mientras tuviera sesión.

La primera vez que no prendí la cámara, Valeria preguntó si todo estaba bien y quiso saber por qué la había llamado al teléfono, con lo cual tuve que explicarle el tema de la privacidad y le comenté que caminar también era una excusa para dejar el encierro. Cuando salía, aprovechaba para respirar, mirar los árboles altos y bien gordos del barrio, las calles de adoquines y las mansiones gigantes. Era veranito y a esa hora el sol ya no pegaba tan fuerte, por lo que el clima era perfecto para estar en la calle. Esos cuarenta minutos de terapia en la calle, resultaron súper eficientes: salir, caminar lento, concentrarme en la conversación, privacidad sin encierro.

Debo confesar que no siempre resultaba fácil esto de sumergirme en una conversación tan significante y lidiar, al mismo tiempo, con lo que sucedía en la calle. Los semáforos, por ejemplo, me exigían mirar a ambos lados, esperar la eternidad del rojo “stop” al mismo tiempo que del otro lado había más gente esperando a que llegara el amarillo “falta poco” y luego el verde “¡dale, dale, dale!”. Me encontré en cada semáforo suplicando que no me tocara hablar a mí, aguardando e intentando mantener cierta calma a pesar de los nervios que implicaba la terapia en la calle.

En una oportunidad quedé al lado de un señor que había salido a hacer las compras, una adolescente que se tocaba el pelo color verde, como enrulándolo -sin barbijo y mascando chicle-, y una señora paseando a su perro. Éramos cuatro esperando. En cuanto se encendió la luz verde del semáforo, apresuré el paso unos metros, dejé a todos a todos atrás y logré recuperar la privacidad, en plena calle, por unos metros más.

También me pasó de ser perseguida media cuadra por un vendedor ambulante que quería, de manera muy insistente, que comprara una plantita: -¡Déle, señora, tengo Santa Rita, aromáticas, Alegría del hogar!". Seguí caminando, esquivando a paso ligero. -¡Están baratitas, es una oportunidad! Doblé la esquina y lo perdí. En otro momento le hubiera agradecido y dicho que no necesitaba, o quizás hubiera frenado y comprado algo. Fue difícil mantener la concentración. Seguí caminando y, como lo que hago es dar vueltas, me lo volví a cruzar, esta vez en veredas opuestas. El señor atinó a acercarse, pero creo que me reconoció porque encaró para otro lado.

Otras veces intenté dejar de caminar y sentarme en la puerta de alguna casa, pero siempre había alguien que entraba o salía, que llegaba, tocaba el timbre y esperaba. Todos esperamos. Algunos para hablar, otros para escuchar, otros para ser atendidos.

También intenté tener la sesión en una plaza, pero, claro, el horario coincide con el de los entrenamientos de Kung Fu, Zumba, Funcional y vaya a saber une qué más, aparte de las familias con niñes, y humanes paseándose con perros. Terminaba siempre escapando y volviendo a dar vueltas en las cuadras más tranquilas. ¡Cómo extraño el consultorio!

Hubiera preferido mil veces salir de la oficina, tomar el subte y escuchar Garbage, Hercules and Love Affair, algún EP de Someone Else o Trance Zomba de los Babasónicos, bien fuerte, hasta llegar al consultorio. Cambiarme el jogging por un jean, para salir a la calle y sentir la amenaza constante de que todo el mundo pudiera escuchar mi sesión, no era un buen negocio. Hacer terapia ya no incluye el ritual previo que me ayudaba no sólo a hacer tiempo hasta que fuera la hora de tocar el timbre y esperar a que el cambio de pacientes sucediera, sino también a entrar en el mood del yo interior, dejando un día más atrás, con la caída de la noche, el cafecito en el bar de la esquina, y la música en los auriculares. Ahora la previa es esperar la notificación del celular con un mensaje que suele preguntar simplemente -¿Estás? -Siii, dame un sec. Me pongo el barbijo, agarro las llaves, mis zapatillas, llamo a Valeria mientras bajo las escaleras compartidas con los vecinos del edificio, y abro la puerta que da a la calle.

No olvido más ese mediodía que un hombre me manoseó violentamente en la calle, después de hacer una pequeña compra de supermercado. Entonces, con las llaves en la mano derecha y las compras en la izquierda, solo pude soltar un halo de voz: -¿Qué hacés? -dije, muy bajito, como susurrando, queriendo decir pero al mismo tiempo tragando las palabras. Seis días después era martes y, obviamente, iba a hablar de esto en terapia. Valeria me escribió, la llamé mientras abría la puerta del edificio y, con cada paso que daba, no podía dejar de pensar lo raro e incompatible que era estar en la calle hablando de cómo había sido violentada por alguien, totalmente expuesta a escuchas ajenas y en ese mismo entorno que sentía peligroso. Pero seguí. Cuando terminó la sesión me di cuenta que ya era de noche. La vuelta a casa fue a paso rápido, casi corriendo, porque un señor, del que solamente distinguí su silueta, apareció de la nada y me asusté. No volví a salir para hacer terapia.

Pronto llegó marzo, hacía más frío, anochecía más temprano, y mi pareja iniciaba sus clases en Zoom a la misma hora que yo comenzaba mi terapia, con lo cual mi privacidad en casa empezaba a contar con más seguridades. Fue un hecho volver a refugiarme en alguna habitación, o en la terraza, para hablar con Vale.

A veces prendo la cámara, otras no, pero ya no tengo que explicar el por qué. Sabemos que la sesión puede ser de cualquiera de las dos maneras. A veces estoy arriba -muy pocas abajo-, a veces fumo, otras tomo mate. Cuando estoy en la terraza me tienta mucho aprovechar y regar las plantas, pero no lo hago: no debo distraerme de la conversación.

Como le escribí a Vale un día que me avisó que estaba “10m atrasada”: -Aunque tardaras una vida, te esperaría. Mi terapia es mi lugar para crecer, no importa a dónde esté o si tengo que esperar.

LAS VISITAS

LA ESPERA

Por Mariana Rojas

Tardó veinte días en llegar a la Argentina cruzando la cordillera de Los Andes en el tren de las nubes, veinte años en tener una casa propia, y cincuenta y dos en armar una gran familia. La espera ha marcado toda su vida, pero jamás como ahora. En cada uno de esos momentos pasados la espera era la de un sueño por cumplir, un amor que cuidar; hoy, es espera sin demasiados porqués ni para qué.

Su rostro repleto de arrugas, su figura reducida por la pérdida de masa muscular, contrasta con su cabellera frondosa renegrida que resalta una mirada sostenida. Ahora esa mirada apunta a la lejanía, hacia la ventana del comedor que da a la calle. ¿Cuándo vendrán? ¿Quién vendrá? ¿Qué noticias traerán?, se pregunta Luisa desde que se levanta hasta que se acuesta esperando y reclamando la presencia de sus hijos. A ellos los puede recordar por sus nombres: Sandra, Berta y Daniel, pero no a los hijos de ellos, aunque se niegue a reconocerlo, como se niega a reconocer su enfermedad. A pesar del informe de la última tomografía cerebral, que concluye en "daños cognitivos en evolución", Luisa sostiene firmemente: -¡Son cosas de la edad! ¿Vos que sos joven nunca te olvidas de nada? -¡Por supuesto!, le responden unánimemente quienes la escuchan, de modo que ninguna mínima sospecha o duda pueda derribar el fuerte que Luisa y su familia construyen todos los días para que ella pueda mantener por el máximo tiempo posible su amada autonomía.

Y tal empresa no es cosa sencilla. Cada miembro de su familia, y las asistentes que la cuidan, se convierten en operarios de esta obra, que aunque oficie de fuerte es frágil: en cualquier día y momento puede colapsar. Los frentes para apuntalar son varios y, como la organización vence al tiempo -nunca mejor planteado que en esta circunstancia-, algunos controlan mensualmente el aspecto económico (como el cobro de la jubilación, el pago de impuestos y el sueldo de las asistentes), otros la variante médica (los controles regulares a las distintas especialidades, la compra y toma de medicamentos en dos oportunidades diarias), otros el aspecto cotidiano de limpieza de la casa y, finalmente pero piedra angular de todo lo demás, quienes le hacen compañía durante la mañana y la tarde. En un riguroso cronograma de horarios y funciones donde cada operario realiza su tarea para llevar adelante la obra. Luisa descansa en este fuerte, frágil.

Coordinación, recursos económicos, estrategias, y corridas varias de sus ejecutores, hacen más tranquila la vida de Luisa que, a sus setenta y ocho años, quiere seguir viviendo en su casa sola, haciendo las cosas como ella siempre las hizo, como suele decir. Ese es su deseo, esa es su máxima ilusión.

El día comienza temprano con la llegada de una de las asistentes, que la acompaña en el desayuno y en el almuerzo, seguramente su hijo Daniel pasará a saludarla y cafecito mediante verificará que todo esté tranquilo y que ambas tengan todo lo que necesiten para la jornada. El mediodía llega relativamente pronto, pero la tarde, a pesar de estar acompañada, transcurre cada vez más despacio. Sus sentidos parecen agudizarse y Luisa es capaz de percibir antes de que se anuncie, quién es su próxima visita. Es una loba escudriñando la temprana luna. Todo escucha: el ladrido del perro de la vecina, el sonido de un motor de auto, la manera en que se cierran sus puertas, el ruido de las llaves. La suma o la combinación de todos esos sonidos preanuncian a Luisa el nombre de su visita. El ring del timbre suena y la voz que anuncia un nombre por el parlante del portero eléctrico confirma lo que antes le había dictado su corazón.

Sandra es añorada por Luisa en cada momento del día: es la menor de sus hijas, nacida en tiempos de bonanza, la bendición de Dios para su vida. Es el momento en el que la asistente de Luisa se toma un tiempo libre: madre e hija quieren, a solas, ponerse al día.

Una nueva tanda de café es servida para inaugurar el encuentro, la alegría de verse y, luego de unos primeros intercambios, la rutina de preguntas de Luisa en cuanto al clima, el trabajo, los familiares y, sobre todo, la pandemia.

Apenas pasa una hora y ya es la quinta vez que pregunta lo mismo: -¿Cuándo pasará todo esto?, interroga Luisa a su hija que la visita como cada tarde en su casa de El Palomar. Habla despacio, quiere desviar el tema por aquellos que le resulten placenteros, no discute con ella, tampoco le lleva la contra, intenta focalizar en sus miradas, pero ninguno de estos recursos aprendidos en las charlas para familiares de pacientes con patologías relacionadas a la pérdida de memoria funciona entre Sandra y Luisa y, con las escasas fuerzas que le quedan por sostener un trabajo cuya esencialidad requiere de su presencia diaria, Sandra responde utilizando otra vez la técnica del lenguaje pausado: -Esperemos que pronto -repite en una afirmación que, aunque es realizada con empeño, no logra convencer a Luisa.

No solo por una enfermedad que avanza a pasos gigantescos, sino porque también el noticiero está clavado en el televisor de cuarenta pulgadas que Luisa tiene en el comedor de su casa, durante todo el día, todas las semanas. El tiempo que dura la visita, Sandra mira a Luisa tratando de encontrar en su mamá -muerta de miedo por su enfermedad, por la pandemia, por la situación económica, por la soledad y por la familia que no ve- a aquella mujer que tuvo dos trabajos, cinco hijos, que sostuvo estoicamente por muchos años a un marido con muchas enfermedades. Se ha ido, es una realidad; pero a veces, en algún comentario, en una actitud, en una caricia, vuelve.

-¿Cuándo cobro?, irrumpe en la amplitud del comedor la voz de Luisa. Con signos de clara preocupación, se dirige a su visita y afirma: -Me parece que desde que comenzó todo esto yo no fui más al banco, -Te acordás que yo voy temprano para ser una de las primeras, espero unas horas, y cobro por caja, ahí cuento dos veces porque siempre desconfié de esa gente. Sandra la mira, y por unos segundos toma el aire suficiente, para medir con precisión cada palabra. Se juegan en esa respuesta la exaltación, la depresión, la ansiedad, el enojo, la ira y la desconfianza de su madre durante la próxima media hora. Sabe que ninguna de sus ensayadas respuestas será el cien por ciento efectiva para traer alivio a la tragedia que vive Luisa. Haber perdido el cobro de sucesivos meses de su jubilación, o sentirlo, no es algo fácil de digerir.

-Ya cobraste hace unos días -tímidamente alcanza a esbozar Sandra, y casi en forma simultánea Luisa responde: -¿Estás segura? Enseguida, y esta vez sin perder una milésima de segundo, Sandra acierta en su segunda respuesta: -Te di el comprobante -como si ese papelito diminuto expedido por un TÓTEM digital en la puerta del banco, cuya tinta se desvanece a los tres días de emitido, fuera la muestra de la verdad absoluta sobre el mundo. Es muestra de verdad en el mundo de Luisa.

Después de cuarenta y cinco minutos, la visita se va y regresa la asistente, esta vez una mujer que la cuida en el turno vespertino, y otra vez la soledad, la melancolía y la tristeza. Aun cuando la señora que la cuida está de cuerpo presente junto a ella, no es suficiente para Luisa: ella quiere estar con sus hijos. Antes de retirarse de la casa, y como corolario de las preguntas de Luisa, la asistente le recuerda a Sandra, mientras toma su cartera y antes de poner un pie en la vereda: -Pobrecita, cada día está peor tu mamá. ¡Qué ironía, recordar la falta de memoria!

La jornada no se termina hasta que llega Berta, su hija mayor. Ella es quien da indicaciones médicas, prácticas y morales en la casa. Es el cimiento que sostiene la autonomía de Luisa, y sobre el cual funcionan las cosas como quiere Luisa. Si bien es tarde ya, el zócalo del noticiero repasa el número de infectados y de muertos por COVID 19 en lo que va de la pandemia, y actualiza minuto a minuto las camas disponibles en terapia intensiva. "La curva no se aplana", sentencian los titulares de la noche. Las placas en el televisor anuncian la situación epidemiológica de nuestro país, del mundo y, también, la llegada de Berta con el estuche de medicación que le hace llegar la asistente.

Luisa pone nuevamente la pava y pierde la cuenta de cuántos cafés van en el día. Seguramente, por las altas horas de la noche y su expresión de cansancio, este será el último de la jornada. Esta vez sus manos tiemblan, y su voz se resquebraja al contarle a su nueva visita lo sola que está, que se siente, y lo difícil que es sobrellevar su día. Berta también le habla despacio, fija su mirada en la de ella, le acaricia y contiene sus manos haciendo uso de las técnicas aprendidas en el taller para familiares con Alzheimer, pero sobre todo de una paciencia que solo el amor permite, ensanchando cada día un poco más ese límite que ya no existe.

-¿Hija, sabes cuándo pasará todo esto?

-Ya falta menos.

LAS TORTAS FRITAS DE LA ABUELA

Por Catalina Trullás

Petrona, la mamá de mi abuela, una mujer hermosa -cuenta siempre mi abuela-, de voz dulce, menudita, que cosía sus vestiditos con retazos que le regalaban. Ella trabajó muy duro 'para las monjas', crió sola a sus tres hijos, con mucho amor, sin quejarse, y tenía una paciencia elefantiásica. Ya abuela de once nietos, cada vez que llovía hacía tortas fritas para toda 'la manada'. Sus nietos la disfrutaron poco, murió joven, cuando mi mamá y mis tíos tenían entre seis y once años (vivió con ellos sus últimos años de vida, prácticamente los crió junto a mi abuela).

Mi abuela, Elvira, hija de Petrona, es madre de tres hijos, y además de su aspecto físico y su dulzura, heredó esa hermosa costumbre de juntar a sus nietos en torno a las tortas fritas. Cada fin de semana que llueve, allá vamos todo el primerío, -sumamos nueve en total-, con algún que otro colado familiar o amigo, a llenarnos la panza de masa y aceite de "las tortas fritas de Petrona".

Nos encanta ir de la abuela, y a ella recibirnos. Desde la puerta se huele su jazmín del país, inmenso, que llega hasta la calle. Es entrar y vernos a nosotros, apenas unos niños, haciendo despelote en cada rincón de la casa (nunca sacó los manchones de pelotazos que dejamos en la pared del patio, ese patio del que desaparecieron sus amados rosales sólo para que no nos pinchásemos cuando jugábamos). La casa de la abuela nunca está vacía, porque es buena anfitriona y además porque gran parte de la familia vive en la misma cuadra: sobrinos enfrente, unos primos dos casas al lado, y otros a la vuelta. Cualquier oportunidad de reunión, evento o celebración... definitivamente vamos todos de la abuela.

Ni bien caen más de tres gotas, allí entramos en patota en esa cajita de recuerdos... y empieza el show de la abuela 'péguele a los nombres': a mi primo Luciano le dice Nico, mi prima Florencia suele ser Nora o Rocío, Laurita puede ser María Paz, yo que soy la más chica padezco del síndrome de poli-identidad (hasta puedo llegar a ser Hernán para la abuela), y así sucesivamente. El único que tiene coronita es mi hermano Tomás: con él, el preferido, nunca la pifia. Todos ahí cada cual con su raye, algunos aprontan el mate (como dice la tía Mary) con sus apuntes de la facultad en mano pretendiendo que van a estudiar algo; otros, prefieren prepararse café sólo o con leche, mientras la abuela nos indaga o cuenta cosas, al tiempo que amasa y fríe las tortas fritas. Pronto el olor del jazmín queda opacado por el aroma del café y el olor de la fritura.

Infaltable, mi pregunta cada vez que encara a prepararlas mientras voy limpiando y juntando el despliegue de cacharros: – ¿Cómo son las proporciones de harina y agua, abue...? Todos sueltan la risa, que aumenta cuando la abuela se embala a relatarla una vez más cuál Doña Petrona: -Nena, en un bol pones las 2 tazas de harina, en el centro ahuecas y agregas 2 cucharadotas de manteca, una cucharadita de sal, la pizca de pimienta, media cucharadita de bicarbonato, un huevo y cantidad necesaria de leche. Enseguida irrumpe la colgada de mi prima María Paz: -Pero, ¿cuánto es cantidad necesaria? Otra vez las risotadas de todos, y la abuela continúa: -Mezclá y formá un bollo liso –con un trapo de cocina intenta mostrar el movimiento para armarlo-, y después hacelo rollo como para cortar partes iguales y hacerlos bollitos... Es fabuloso escucharla, ver cómo se divierte con nosotros y nuestras ocurrencias, y ni hablar cómo se inspira en las clases de cocina que nos da. -¿Entendiste todo?, -dice con sonrisa pícara sabiendo que se la voy a pedir otra vez.

Muchos de nosotros intentamos alguna vez hacer tortas fritas, pero ninguno consiguió hacerlas como ella. Las de la abuela son gorditas, esponjosas, apenitas saladas y picositas. Cuando todo parece un descontrol, salen tres fuentes: una con tortas fritas así como salen de la fritura (pocas); otra bañadas en miel; y una tercera fuente –la más grande, esa que usa para las ravioladas – salen espolvoreadas con azúcar: claro, son las que les gustan a la mayoría.

A veces pienso que no queremos aprender su receta, para no perder ese mágico hábito de revisar en el celu cómo va a estar el clima el fin de semana, para coordinar quién pasa a buscar a quién (a los que vivimos más lejos), para ir a lo de la abuela.

Llegada la pandemia de covid-19 y al comenzar los días de aislamiento, como todo el mundo, jamás pensamos en lo eterna que se haría esta distancia física. La casa de la abuela, impregnada con el perfume del jazmín del país, quedó, desde entonces, vacía y grande. Ya no más juntadas, ya no más cumpleaños ni días de..., ni tardes lluviosas con tortas fritas.

Con la abuela seguimos comunicados, tiene un Motorola viejo, apenas con pantalla color y los números con botones. Muy a la fuerza logramos que aprendiera a atender nuestras llamadas. Si ella quiere llamarnos, usa el teléfono alámbrico (ese que va enchufado y tiene un rulo largo que conecta la botonera con la manija por donde sale la voz) de toda la vida. – ¿Cuándo vamos a reunirnos a comer tortas fritas todos juntos? -pregunta la abuela al otro lado del teléfono con un tono de voz que me hace pensar en un niño castigado que quiere jugar-; -¿Cuándo iremos a poder? –Insiste-.

¡Qué angustia! Me aguanto la expulsión del nudo en la garganta. Estamos en julio de 2021 y todo sigue más o menos igual. Va, todo no: la abuela ahora está vacunada, pero sus 93 abrilitos le juegan en contra a sus emociones. La notamos muy triste y esto también podría bajar sus defensas. "¿Cuánto hace que no vemos cómo se remarcan sus arrugas al reír fuerte? ¿Qué se podría hacer?", son pensamientos que nos inundan y compartimos con mis primos. Aparecer todos, aún con barbijos, es ponerla en riesgo de contagio. ¿Ir en tandas? Lo mismo...

La mejor-peor idea la tuvo mi hermano: – ¿Qué pasa si le llevo un celular para hacer video llamadas? La abuela se niega, pero es inteligente... ¡que no se empaque! - dijo mi hermano en el grupo de WhatsApp que tenemos los primos. Con debate y respuestas mayoritariamente pesimistas, el escorpiano se mandó igual y en uso de su condición de nieto predilecto... lo logró. Con el hisopado negativo que por el trabajo le habían hecho, se pasó una tarde entera peleando con la abuela para que entienda qué es una pantalla 'táctil', obviamente con tortas fritas en la mesa como plato principal, aunque esta vez no llueva... ¡Es un premio!

Ahora, mientras todavía no podemos reunirnos, no sólo hablamos con la abuela cada dos por tres por video llamada y nos explica para que hagamos tortas fritas (cada cual en su casa), sino que, además, abusa del "aparatito" (así lo llama) hasta para contarnos los chismes que tiene en vereda desde su ventana.

LAS BURBUJAS DE SERENA

Por Macarena Zapata

La práctica sanitizante es rutina adquirida desde el primer momento en que Paca, la niñera, llega al departamento de los Borgues en la calle Catamarca al 400, a las 9am en punto, el primer día de la segunda semana de marzo de 2021. Apenas se abre el ascensor en el piso 3, detrás de la puerta con una enorme letra A en relieve color gris, aparece expectante la figura de madre Borgues ya armada con un pulverizador lleno de alcohol diluido al 70%, lista para rociar el líquido primero en manos, luego en suelas del calzado de la hasta entonces desconocida muchacha.

La pareja lleva de novios diez años, comparten casa hace seis, son padres desde hace tres. Ambos rondan los cuarenta años de edad. Ella trabaja en una empresa internacional como asesora, padre Borgues trabaja en una productora de contenidos televisivos. Es la primera vez que se ven en la necesidad de recurrir a una persona "extraña" para que cuide a su hija, mientras ellos trabajan home office más de diez horas por día. Madre Borgues se contiene de articular en palabras cierta incomodidad que de igual modo expresa con su cuerpo. Paca es recomendada por una amiga de su confianza, si no todo el proceso hubiera sido más difícil. Sin más, termina el procedimiento y hace un ademán de bienvenida. Una vez ambas mujeres dentro del hogar, ella deja que padre Borgues resuelva las formalidades introductorias correspondientes.

El hombre saluda a la visita manteniendo distancia considerable, está de pie en la cocina-comedor, lentamente apoya su teléfono móvil en la mesa y aclara la garganta para luego decir:

-Puede parecer molesto todo el exceso de limpieza que acabas de ver. Y hasta "paranoico" de nuestra parte diría, pero la realidad es que no cuesta nada higienizarse para estar seguros. -manifiesta refregándose las palmas de las manos como si estuvieran congeladas pese a que aún faltan algunas semanas para el comienzo del invierno en Buenos Aires- A la vez, pensamos que ella necesita familiarizarse con vos y que vos te sientas cómoda. –continúa, haciendo referencia a la niña que se esconde vergonzosa entre sus piernas- Entonces... si preferís trabajar sin barbijo, nos parece bien -la tapa del frasquito de alcohol en gel que acaba de utilizar hace un ruido que llama la atención de la niña-. Creemos que verte la cara va a colaborar para que Serena entre en confianza más rápido. No queremos que esto sea formal hasta no ver que ella se acostumbre a este gran cambio. -sentencia alzando a la pequeña en brazos, analizando de reojo la reacción de la niñera.

Madre Borgues por su parte asiente levemente con la cabeza, ya no por pudor, sino por la insistencia de las notificaciones de su computadora portátil. Paca reflexiona y accede a descubrirse la cara.

La sombra de un posible hisopado aparece en la conversación un poco más adelante, pero a la pareja no les resulta necesario. Padre Borgues prefiere hacer hincapié en la importancia de la limpieza antes de entrar y no compartir utensilios: ni vasos, ni tazas, ni mate. Acerca de las toallas no se alcanza a hablar porque Serena apura a su nueva amiga para presentarle sus juguetes.

La suma de las treinta horas de convivencia semanales logra que, tanto la niñera como la pareja Borgues, consigan automatizar la implacable técnica al punto de no necesitar verbalizarla.

La muchacha baja del ascensor en el tercer piso a la misma hora de lunes a viernes. Raramente, debe tocar la puerta.

Alguno de los dos adultos Borgues la recibe con protección transparente en mano. A veces, se encuentra con la pócima aguardando su llegada en la entrada y debe realizar el procedimiento ella misma.

CHOF, CHOF, CHOF para las manos.

CHOF, CHOF, CHOF en pie derecho.

CHOF, CHOF, CHOF en pie izquierdo.

CHOF, CHOF, CHOF en la mochila.

Adiós al enemigo invisible.

Una mañana durante el ritual, madre Borgues susurra entre dientes qué no está "tan segura" de la eficacia de dicha práctica, no obstante lo hace "por las dudas", ya que ha escuchado en los noticieros que "el bicho es capaz de persistir en el cemento hasta seis horas". La niñera no responde el comentario, urge más lavarse las manos pegajosas.

Tardes después, en un interín en el que la niña jugaba fascinada con un burbujero en el balcón, Paca inicia una conversación con madre Borgues:

-Ni en el sitio web oficial del Ministerio de Salud ni en el de la Organización Mundial de la Salud se confirma la probabilidad de transmisión del virus mediante las superficies, ¡se da por el contacto directo de las pequeñas partículas que se expulsan cuando una persona ya contagiada habla, tose o estornuda! No es cierto que el COVID dure esas famosas seis horas en las calles. Nos podemos quedar tranquilas al respecto entonces... -afirma Paca satisfecha de la información que estaba aportando.

Madre Borgues escucha el mensaje sentada frente a la computadora en la cocina comedor, levanta la cabeza y cruza los brazos escudriñando seriamente a su interlocutora -como si tuviera rayos láser, que intiman, sigilosos-. Al cabo de unos segundos de introspección silenciosa, baja el volumen del televisor. La tensión es palpable como en una película de Hitchcock. Paca oscila entre prestarle atención a la niña y escuchar la respuesta de madre Borgues, quien contundentemente concluye:

-Por algo lo habrán dicho en la tele.

Ahora sí se siente el frío en el conurbano. Una burbuja explota en la nariz de un peluche con forma de chancho. Serena ríe tentada. Desde adentro se puede escuchar el noticiero anunciando otro femicidio. -Mirá, Paca, mirá. - incontables pequeñas burbujas ahora chocan sin cesar contra un dinosaurio hecho de bloques de plástico-. La simplicidad del juego es interrumpida por la bocina de un auto en apuros.

¿ES SOLO UN ESTUDIO MÁS? LA SALUD NO ESENCIAL

Por Micaela Ruíz Díaz

En los poli consultorios de OSECAC San Martín, en consulta de rutina, Natalia le hace una orden para la realización de una colonoscopia. Natalia es su gastroenteróloga, una mujer joven que lleva atendiendo el caso de Nélida desde hace más de diez años, y con quien ella se sintió muy a gusto y tranquila desde el primer momento.

Estos controles, deben realizarse cada cinco años y actualmente han pasado seis desde la última vez. Con el comienzo de la pandemia se fueron suspendiendo los turnos que le iban siendo otorgados, hasta llegar a la cancelación definitiva. La práctica de la video colonoscopia no tiene carácter de urgente en el actual contexto de emergencia sanitaria. A sus 52 años, la realización de una nueva colonoscopia sería la tercera vez que Nélida se sometería a esta intervención. Su abuela falleció de cáncer de colon cuando ella aún era una niña: por tal antecedente o probabilidad genética, desde hace doce años los médicos le recomiendan realizar estos controles. En el último estudio, advirtieron inconvenientes para poder pasar la cámara debido a que sus intestinos estaban "algo comprimidos". Los resultados no arrojaron otras anomalías, pero advirtieron que debía continuar realizándose estos controles cada cierto tiempo para hacerle un seguimiento preventivo.

Nélida se atiende en estos consultorios de San Martín desde que sus hijos eran chicos, al principio por cercanía a su domicilio, pero actualmente conoce a la mayoría de quienes trabajan allí y ha formado un vínculo de confianza y hasta cierto grado de amistad con algunos de sus médicos, varios de los cuales también atienden al resto de su familia. Cuando debe asistir al centro médico, verla conversar con alguna secretaria en las distintas áreas, con un médico en los pasillos o saludar de paso alegremente a alguien del personal, es moneda corriente.

Una vez dentro del consultorio:

—Bueno, señora Nélida, haga estos estudios que le mandé. Una vez que tenga todo listo, vuelve a sacar turno conmigo para que veamos los resultados de la colonoscopia— dice Natalia con una sonrisa, detrás de su escritorio, despidiéndose de su paciente de manera dulce y cordial. Haciendo hacia atrás la silla en la que se había sentado, responde Nélida de forma animada: -Bueno doctora, hago todos los estudios y nos veremos cuando esté todo listo -ya de pie y con la mano en el picaporte, girándolo abre la puerta que separa al pequeño espacio de privacidad de un largo pasillo con sillas a cada costado, que ahora tienen una cinta roja entre uno y otro asiento, indicando así que se debe mantener el distanciamiento obligatorio.

Al salir del consultorio, Nélida camina hasta la recepción, donde unas cinco personas comparten un escritorio alto, ubicado en la entrada del establecimiento. Nélida espera en la fila hasta poder acercarse y, con un vidrio de por medio, solicitar los turnos para los análisis pre quirúrgico. Así, luego de un saludo a la empleada que acaba de atenderla, da media vuelta y se dirige a la salida.

El guardia de seguridad, quien en este contexto de pandemia controla la circulación de personas al lugar, le hace un gesto con la mano indicándole esperar detrás de la línea amarilla y así mantener distancia de una persona que estaba por entrar, ya que el pasillo no es muy amplio. En este cruce, el guardia es quien activa la apertura de puertas y

permite, de esta manera, el ingreso a quien, después de que Nélida se retira, le toma la temperatura, consulta sus datos y comprueba en una planilla si tiene turno.

Al retirarse, Nélida camina hasta la parada del colectivo. Son quince minutos de viaje hasta el barrio de Loma Hermosa, donde vive junto a su marido, sus tres hijas y un hijo menor de diecisiete años. Camina desde el Metrobús hasta llegar a la avenida Márquez, donde debe esperar a que un semáforo se ponga en rojo y detenga el tráfico para poder cruzar.

Frente a la puerta blanca, Nélida saca las llaves de dentro de la cartera que trae colgando a un costado del cuerpo, la abre e ingresa. En ese momento deja atrás el "señora Nélida" para volver a ser llamada "mami" o "má" por sus hijos, o "Nelly", como le dice su marido.

Desde ese día hasta el próximo encuentro con Natalia, deben pasar dos meses. El tiempo que usualmente le toma tener los resultados del estudio indicado. Lo que aún no sabe Nélida es que eso puede extenderse más de la cuenta. Lo que sí sabe Nélida es la rutina para este procedimiento médico: visita al cardiólogo, análisis de sangre, un día antes comenzar con dieta líquida y consumir sopas que únicamente contengan ingredientes transparentes, nada que posea colores. Además, también debe ingerir "Barex" cada media hora, hasta completar los 5 litros, este líquido le ayudará a eliminar los residuos que haya en los intestinos. Al día siguiente tendrá que permanecer en un ayuno de por lo menos 8 horas, antes de la intervención y asistir con un acompañante.

Este tipo de estudios requiere autorización de su obra social. Unas semanas después de haber ido a consulta con Natalia, Nélida se dirige a la delegación administrativa de OSECAC, a la vuelta de los consultorios en los que se atiende habitualmente, para que le entreguen la orden autorizada junto con el nombre, dirección y teléfono de la clínica donde le realizarán el estudio. Con estos datos deberá comunicarse con el lugar para que le comuniquen día y horario en el que debe asistir.

Pero sucede que en el medio se decretan nuevas restricciones a causa de la segunda ola del Covid-19 y le informan que "por el momento no podrán autorizar su estudio", por tratarse de una intervención que requiere anestesia general. Se suspenden todas las intervenciones en quirófano que requieran del potencial uso de una cama de terapia, que no sean de extrema urgencia. Le indican que vuelva a consultar nuevamente en unos días.

Nélida tiene el pre quirúrgico hecho, pero descree que le puedan ser de utilidad para cuando le asignen el turno. No le pueden asegurar que su caso pueda ser autorizado "en el corto plazo": deberá esperar que cesen las restricciones impuestas. En este mientras tanto, Nélida le expresa a una de sus hijas sus inquietudes sobre realizarse la colonoscopia: -Con la hipertensión y lo que pasó la última vez, me siento intranquila por más que sea una intervención menor.

Lo que pasó la última vez:

Es diciembre de 2020. Nélida se encuentra ya en el quirófano para una operación programada de vesícula, su presión se incrementa peligrosamente y deben suspender la intervención. La cirugía se reprograma. Pero también esta intervención quirúrgica queda suspendida cuando en marzo se decreta la cuarentena obligatoria. Sus turnos son reprogramados uno a uno hasta por fin ser cancelados. Para entonces, no sabía cuándo podría volver a realizarse estudios que no fueran de emergencia. Tampoco lo sabe hoy.

Nélida cree que es de vital importancia realizarse estos controles: -He visto el sufrimiento de mi abuela, tengo la posibilidad de evitar pasar por lo mismo que ella, -reflexiona sobre esto con cierto pesar. Pero, así como se preocupa por su salud también comenta:

-Las cosas pasan por algo, quizás más adelante, cuando no haya tantas restricciones. Hay momentos en los que uno se cansa, -mientras lo dice levanta la mirada y hace un gesto de resignación con el rostro, aludiendo a todas las demoras en el proceso, las cancelaciones, tener que estar al pendiente e insistir por alguna respuesta.

A pesar de que para Nélida este examen médico ya es algo conocido, un estudio con el que está familiarizada, no se está llevando a cabo en el mismo contexto de siempre, con los mismos tiempos, lo que hace que surjan dudas y se acrecienten los miedos. Ha pasado ya más de un año sin que pueda atender su salud como quisiera.

COVID O NO-COVID, ESA ES LA CUESTIÓN

Por Pablo Sabalain

Carlos padece una enfermedad crónica desde hace muchos años. Los valores de los análisis de sangre que se leen anuncian una nueva internación para su estabilización y mejora, necesita dieta rigurosa e hidratación y algunos cambios en su medicación. Tiene una intoxicación que hace que sus órganos no funcionen bien y sobre todo que se pierda en el tiempo y el espacio. Durante los últimos diez años, luego de unos días internado usualmente Carlos comienza su recuperación; esta vez, el contexto de emergencia sanitaria muestra esos rituales de manera más descarnada.

Graciela es la hija de Carlos, y es quien tiene que realizar la internación administrativa en el sanatorio "La trinidad", ya que solo un familiar puede ingresar a realizar ese trámite, Graciela es, por eso, también quien define y notifica el listado de familiares cercanos que pueden ingresar el sanatorio a visitar a Carlos. Las visitas a pacientes no-covid se realizan de a uno por vez y previa presentación de una suerte de carnet que se realiza con los datos de los familiares autorizados, uno de estos carnets es de Graciela, uno de Tomas, el otro hijo de Carlos, y el tercero de Pedro, el hermano de Carlos. Carlos hace muchos años que está separado y fue Graciela quien cuidó de él durante todas las internaciones anteriores, por eso es quien mejor conoce los procedimientos y normas de los sanatorios.

Carlos está ahora en la ambulancia que lo traslada, solo. Ya internado aún no puede ver a nadie y nadie sabe cómo es su situación actual; Graciela, Tomas y Pedro están desconcertados: solo saben que "tuvo una descompensación". Pero saben que estos eventos son en general "normales", aunque presienten que esta vez será más complicado. Saben, también, que ese mismo presentimiento lo tuvieron en anteriores internaciones y, al final, siempre creen que Carlos es fuerte y se podrá recuperar.

En la puerta principal del sanatorio hay muchos otros familiares de otros internados. Graciela presenta su carnet al personal de seguridad, el carnet indica el nombre del paciente y el número de habitación donde está internado. Pablo es la persona de seguridad que recibe el carnet, chequea en una lista los datos del paciente y es quien también toma la temperatura y ofrece alcohol en gel para la higiene de las manos. Le recuerda a Graciela que no se puede usar el ascensor, luego de indicarle que la habitación 309 queda, como era de suponer, en el tercer piso; y que no se puede permanecer ni en los pasillos, ni en las áreas comunes: hay que ir directo a la habitación.

Graciela sube, no sin dificultad, los tres pisos; en la escalera se cruza con otros familiares de otros pacientes que van bajando y con enfermeras que suben también, como ella. El silencio que se escucha es más profundo que lo normal, se nota que no hay nadie circulando por los pasillos, esto se percibe comparando con anteriores internaciones, donde la circulación de gente era normal.

Al llegar al tercer piso hay una recepción de enfermería en las que se observan tres enfermeras, las encargadas del cuidado de los pacientes no-covid sobre todo durante la noche. Se leen carteles en varias puertas que indican "No ingresar". Laura, la enfermera que en ese momento está visible para Graciela en la recepción, le advierte al verla dubitativa que el piso atiende a pacientes covid y no-covid: -Por eso los carteles que impiden el paso en algunas habitaciones. La preocupación de Graciela aumenta y le pregunta a Laura: -¿Es seguro estar tan cerca? Laura, ya acostumbrada a esas dudas, le dice que se tranquilice, que están haciendo todos los esfuerzos posibles para cuidar a los pacientes.

A tan solo dos habitaciones de distancia de la 309, Graciela puede sentir el virus en el aire, puede verlo y tocarlo. “Carlos puede contagiarse”, piensa: más que un temor aparece como una clara posibilidad.

Ingresa a la habitación de Carlos. Lo encuentra igual que en escenas anteriores, totalmente desorientado por el proceso de descompensación general, no sabe dónde está, ni qué ocurre, tampoco percibe el peligro que ve Graciela: la infección por covid no está entre sus preocupaciones. Carlos cree que está en un viaje, cuando había viajado en barco.

Unas horas después, Graciela baja los tres pisos que antes había subido y, al salir del sanatorio a tomar algo de aire limpio y fresco, nota que en la puerta principal hay otros familiares de otros parientes, reunidos en pequeños grupos, gestionando la lista de autorizados y los carnets correspondientes

Dentro del sanatorio se observan muy pocos familiares de pacientes, las pocas siluetas que Graciela observa pertenecen a pacientes que están siendo trasladados y médicos que entran y salen, enfermeras, algunos camilleros y empleados de seguridad y administración.

Fuera del sanatorio, el panorama es opuesto, unos treinta familiares se concentran en la puerta sobre la calle. La situación de “espera” no es la de una sala propiamente dicha, sirven de asientos unas columnas con un soporte, el mismo cordón de la calle, las escaleras. En esta espera los lugares empiezan a ser revalorizados y algunos resultan más cómodos que otros por lo que se genera una suerte de batalla silenciosa sobre esos “asientos” o “descansos”. Según pasan los días, se puede ver cierto entrenamiento y conocimiento del lugar, los que al principio esperaban parados ahora llegan más temprano para “agarrar el mejor lugar”.

De modo cada vez más intenso, Graciela experimenta temor por la salud de Carlos, ve imposible que finalmente no termine contagiado de covid y, con ello, su cuadro se complejice aún más. Recuerda la calle, la batalla por el lugar, los montones de familiares apiñados en la puerta del sanatorio, y repasa los vínculos con los pacientes internados: -¿Este a qué habitación va?, no lo ubico; ¡este es de la 307, ahí hay uno con covid! –repasa-.

La circulación durante el tiempo que Carlos debe estar internado (su experiencia le dice que van a ser varias semanas, como suele suceder), la cercanía con el virus (a dos habitaciones de distancia), encrudece el miedo que siente Graciela por la salud de su padre. Toda esta sensación la tiene ella sola, ya que Tomás y Pedro pocas veces fueron al sanatorio: por la experiencia de las anteriores internaciones, es como que siempre saben que “al final Carlos se recupera”. Graciela no tiene ese sentimiento esta vez.

Los días van pasando y esos otros familiares de otros pacientes ahora no resultan tan peligrosos: se van tejiendo ciertos lazos o “familiaridad” entre los distintos grupos. Graciela conoce, así, que hay un familiar que “tuvo un accidente”, otro que “tuvo un paro cardiaco”, y otro que “tuvo una fractura”. Hay algo en común en estos relatos: comparten ese temor ante la proximidad del contagio de covid, como si las enfermedades o accidentes de los que dan cuenta no fueran ya dolorosos.

Dentro del sanatorio Graciela comienza a notar que la gente que circula va aumentando, sobre todo lo nota en su camino por las escaleras, y siente que ese “silencio” tan profundo del comienzo de la internación ya es más ruidoso, de a poco hay más gente dentro del sanatorio, esto le hace recordar nuevamente, y aumentar, su preocupación por el contagio.

Pasan las semanas y cada vez que Graciela va a visitar a Carlos ya no muestra su carnet a Pablo, sólo lo saluda. Pablo no le pregunta cómo está Carlos, aunque sepa a quién va a ver Graciela.

La sensación de avance del virus es grande y se comparte en la puerta del sanatorio, en cada una de las postas de espera: varios se han infectado. Cada vez son más las puertas que llevan el cartel de "no ingresar" en este tercer piso donde está la habitación 309. -¿Por qué están estos carteles pagados? -Pregunta Graciela como si desconociera su significado –Nos recuerda que ahí hay un enfermo de covid antes de ingresar a la habitación –le responde la enfermera.

El proceso de Carlos continúa sin muchas mejoras y el paso del tiempo claramente no es una buena señal, además le realizan muchos estudios, lo que hace que a veces sea necesario sacarlo de la habitación. Esto aumenta aún más la preocupación de Graciela y de Tomás respecto de Carlos, quien aún sigue sin saber dónde está y continúa en su viaje de vacaciones, siempre con el barco cerca.

Graciela, Pedro y Tomas notan que hace varios días que Carlos no mejora y dada la situación comienzan a evaluar con el médico que lo está tratando la posibilidad de llevarlo a casa para tratar de seguir la recuperación allí, entendiendo que quizás el peligro de infección sea menor. –Doctor, ¿no será mejor sacarlo del sanatorio, la presencia del virus es una realidad acá? -preguntan- El doctor comparte la preocupación y sabe que, si se contagia, será muy difícil poder revertir esa situación.

Mientras realizan los trámites necesarios a los efectos del traslado para la recuperación domiciliaria con atención médica las veinticuatro horas, indicada por el doctor, la necesidad de sacar a Carlos del sanatorio se le vuelve cada vez más urgente a Graciela, aunque claramente no sea algo fácil de organizar. Hay estudios programados que no se pueden evadir: una pequeña intervención quirúrgica para limpiar una zona cercana al riñón, es inminente. Por cuestiones de protocolo, para ingresar a un quirófano es necesario hacer antes un testeo de covid el viernes (la intervención está prevista para el lunes a la mañana).

Graciela finalmente se topa con aquello que temió desde el primer día. Ahora es sábado por la noche: a Carlos le toca bailar con el covid.

LAS BATALLAS

¡GRITOS AL CIELO POR UNA MEDIANERA!

Por Rossana Rojas

En el barrio "Costa del Lago", Angelina y María son vecinas en este asentamiento del conurbano bonaerense, en el partido de San Martín. Desde hace unos días ellas sostienen una fuerte discusión por la medianera que divide ambas casas: Angelina acusa a María de "entrar" en su terreno dos metros, María se defiende diciendo que ella "no sabe nada" porque "no estuvo cuando se compró el terreno". De "eso" se había encargado su compañero, retruca, cuando ella estaba trabajando. Antes de "resolver" el asunto, María debe hablar con él, aunque, para ser honesta, él no se encuentra en el país. Intentará comunicarse con él, pero advierte que es difícil porque está en el campo, "varado por la pandemia". Angelina, al ver que no podían lidiar la conversación en buenos términos, escribe en el grupo de WhatsApp de vecinos (llamado Vecinos Unidos Jamás Serán Vencidos), contando lo que pasa: no ahorra en amenazas de denuncias e insultos y pide a los miembros de la Comisión Vecinal una reunión "urgente".

En el grupo de WhatsApp se encuentran, entre otros: "Miriam", quien dice ser el hombre de la casa porque su marido nunca habla; "Kallay", el señor que recorre cuadra por cuadra y sabe todo lo que pasa en "el barrio", no se le esconde nada; "Ña Gladys", la señora que anda siempre con gafas negras saludando como una Lady a todos los que pasan por su cuadra.

A los pocos minutos, el chat explota. Sonia empieza diciendo que eso "era muy injusto", que no podría pasar y "menos entre vecinos"; al rato, contesta Zuni (la esposa de Beto, el cojo), con una guarangada, saliendo en favor de Angelina y expresándose en tono burlón hacia María, con el consiguiente envío de emojis. Luego aparece Víctor tratando de apaciguar: "todo se puede arreglar hablando" y ahí responde Don José, el presidente de la Comisión Vecinal, al pedido de Angelina sobre la reunión con los miembros de la comisión. Más tarde contesta Doña Sofía, la vicepresidenta de dicha comisión, que está de acuerdo con la reunión, y manifiesta su preocupación por las medidas de protocolo a tomar a causa de la pandemia. Queda establecido que a partir del pedido de respeto a las medidas que hace Doña Sofía, la reunión sería solo con los vecinos afectados y los miembros convocados a la reunión. Se propone, entonces, día, fecha y horario para la reunión: Angelina responde "que sea lo antes posible" porque el lindel da a su ventana y a causa de eso ella no puede abrirla y ventilar su casa; María responde que "tiene que ser sábado o domingo" porque ella trabaja en los días de semana. Vuelve a responder Angelina que "como puede ser que sea así", que "no esperaba estas cosas", acusándola de ser "re creída" y advirtiéndole que no se crea tanto porque la va denunciar en la fiscalía si ella no cede los dos metros de terreno tomados. La que se suma en segundos es Sonia, como queriendo tirar leña al fuego, diciendo que "sí, tiene que hacer la denuncia porque es injusto". Vuelve a intervenir velozmente Zuni, retomando que "sí, es re creída María", destinando malas palabras hacia ella. Vuelve a contestar Doña Sofía, esta vez suplicando "por favor, así no, que el diálogo sea sin ofender a nadie", reafirmando a su vez que la reunión se convoca, y que la fecha es el día sábado 16 de septiembre en la casa particular de Doña Sofía. Para el sábado faltan cuatro días y se hacen eternos para Angelina.

Para aliviar un poco su angustia, no tiene mejor idea que mandarle, a María por supuesto, un montón de mensajes y audios insistiendo para que la reunión se hiciera "antes del sábado" porque ella necesita arreglar "eso". -No puedo, es sábado o no es. No insistas -sostiene, inclaudicable, María.

Es jueves y Angelina y otras dos hermanas aplauden en la puerta de la casa de María, hablando a los gritos. María sale y les pregunta qué necesitan. Se escuchan, no tan lejos, vecinos cuchicheando: -Acá se arma una riña de mujeres -dijo un vecino-, a lo que otra vecina agrega -Estas gordas son re malas personas, -refiriéndose a Angelina y a sus hermanas-.

María es una persona tranquila, Angelina siempre habla gritando. Por eso María le pide que no grite, que ella escucha muy bien. Angelina y sus hermanas le responden que no se van a ir de allí hasta resolver "a las buenas o a las malas". Lo dicen con tono amenazante. -Los metros son míos, me lo cedes o me los pagás, -interrumpe Angelina. María insiste que no, no va a hablar con ella si no es en presencia de los miembros de la Comisión. Angelina pega un salto: -Te voy a agarrar de los pelos, -y lo hace nomas: arrastra por la calle a María. Los vecinos que cuchicheaban no tan lejos dicen que "eso no se hace", que "es mejor resolver a las buenas y no agrediendo a la vecina", que "no era necesario". María advierte: -Vos me seguís molestando y yo llamo a la policía-; Angelina y sus hermanas se ríen a carcajadas y una de ellas amenaza: -La que va salir perdiendo ahí sos vos-. Por pedido insistente de algunos vecinos, Angelina y sus hermanas se retiran de la puerta de la casa de María.

Es sábado, son las 14 horas. Están María, Angelina y los seis miembros de la Comisión reunidos. Empieza Doña Sofía contando el motivo de la reunión como para ordenar un poco y le da la palabra a Angelina para que cuente su versión de los hechos.

Angelina: -María me sacó dos metros de mi terreno, los quiero de nuevo porque ahí está mi ventana, por ahí tengo acceso a ventilación.

María: -Ya le dije a Angelina que yo no estuve cuando se compró y se midió el terreno, fue mi marido quien lo hizo junto con otra persona, y mi marido ahora no me responde los mensajes desde Paraguay.

Intercede Don José, diciendo que en aquella ocasión él estuvo en dicha mediación entre el vendedor y el marido de María y que en ese entonces se labró un acta y que dicha acta la tiene el. La busca y la muestra, de modo que Angelina se acerca a leerla; no conforme con lo que dice en el acta, hace una mueca y pregunta: -¿Pero los dos metros entonces de quién son? Angelina no entiende un pomo lo que dice el acta. Zuni, una de los miembros de la comisión, dice que ella no se encontraba cuando se escribió eso. Muy enojada, Angelina desliza en tono de burla que el marido de María capaz no le contesta "porque ya la dejó". Los reunidos convocados por la Comisión Vecinal empiezan a hablar todos juntos, no se entiende nada, cuando de repente sale una voz retumbando: es la de María que grita -¡Y vos por qué te metes tanto! -dirigiéndose a Zuni-, ¡en vez de ir a cuidar a tu marido que no le ande mandando mensajes a otras mujeres! En eso Zuni, con cara de sorprendida, le dice -¡¿Qué dijiste?! Empieza una larga discusión. La reunión termina sin ninguna conclusión porque María se retira diciendo que no quiere discutir más con "gente ignorante", siendo así que todos se retiran a sus casas.

Al día siguiente, Angelina empieza otra vez con los mensajes en el grupo de WhatsApp. Los vecinos responden -¡¿Otra vez con eso?! -Un tema de nunca acabar. Angelina pide por favor que los miembros de la Comisión convoquen ahora a otra reunión pero que sea solo con María, ella, Doña Sofía y Don José. Doña Sofía contesta que ahora la reunión será el día miércoles a las 19 horas con las cuatros personas mencionadas y que será en la Capilla Virgen de Caacupé, la capilla del barrio. Angelina, emocionada y dando las gracias, manda un emoji de corazón al que nadie del grupo contesta.

Pasan los días. Angelina le manda un mensaje a María, que no contesta. Angelina, muy enojada, le escribe a Doña Sofía y le pregunta si María habló con ella en estos días: -No.

No te preocupes que la reunión se va a hacer, no armes más conflictos que con eso lo único que ganás es que María no te conteste. Probablemente esté muy enojada por lo ocurrido la otra vez.

Es miércoles, son las 18 horas y los miembros de la Comisión ya están en la capilla. Angelina llega con los cachetes colorados, saluda y se sienta preguntando si alguien sabe si María va a venir a la reunión. Le contesta Zuni: -¿Quién sabe?, es tan estúpida esa mujer que seguro estará acostada en su casa riéndose de nosotros, lo más seguro que no venga. Don José, sentado al otro lado de la mesa larga, pide paciencia: -Es temprano, -recuerda. Son las 18:46 y ya la angustia se había apoderado de Angelina. Le pide a Doña Sofía que le mande un mensaje. No pasan cinco segundos que le llega un mensaje por WhatsApp a Don José. Es María, que le pide disculpas: no va a ir a la reunión. Los comentarios de Zuni sobre su marido no le parecían adecuados, según explica. Recuerda también en ese mensaje que el día anterior Zuni la había voceado desde la terraza de su casa, diciéndole que "más vale que le de los dos metros que le robó" a su vecina o de lo contrario se iban a encontrar en la fiscalía. Zuni se pone roja; Angelina, a los gritos, empieza a insultar a María; Doña Sofía advierte que la chica estaba en su derecho de no querer venir sabiendo que allí había gente que la agredía.

Hay gritos al cielo por una medianera.

La Capilla Virgen de Caacupé queda otra vez en silencio.

LA FUNCIÓN TIENE QUE CONTINUAR

Por Martín Sánchez

Sobre la avenida que separa los barrios de José León Suárez y Villa Adelina, yace una pequeña fábrica de colchones, sommiers, pillows y almohadas. Las placas rectangulares de espumas se apilan unas sobre otras y se forman grandes muros espumosos dentro del establecimiento. Estos muros dividen las secciones de los diferentes trabajadores y tapan toda forma de luz solar que quiera entrar a través del ladrillo sin revocar.

Entre almohadas y colchones emergen mundos subalternos donde máquinas de alta tecnología como cortadoras horizontales de espuma automáticas se combinan con trabajos artesanales como pegar las tapas de tela de los colchones con adhesivos de dudosa sanidad. En este mundo que invita al reposo y al descanso, hay siete varones trabajando: cuatro dedicados a la producción, cada uno en su respectivo rol, dos en la gerencia y administración, y uno que cumple la función de supervisor, que recién ingresa en la fábrica.

El edificio, sin señales exteriores que indiquen que se trata de una fábrica de colchones, actualmente está en ampliación: las paredes tienen baches sin revocar, se observan diferencias de color en las pinturas que cubren sectores de algunas paredes, hay entrepisos flotantes que se sostienen con vigas. Tapabocas, ambientes ventilados, higiene de manos, distancia física, no tocarse el rostro y luego las herramientas de trabajo compartidas, avisar y ponerse en cuarentena ante la presentación de síntomas, son pautas que pueden resultar claras y simples en otros lugares, pero que, sí aquí funcionan, lo hacen como un teléfono descompuesto.

Por la mañana, la fábrica está fría y oscura, el supervisor es el primero en llegar: abre la puerta, prende las luces y prepara la producción de ese día. Mientras van llegando los responsables de la producción, aparece Walter en su moto. Trabaja en el sector de cortado de telas para todos los productos. Por la cámara de seguridad se puede ver cómo, al traspasar la puerta de la fábrica, que divide el mundo exterior del interior, Walter se saca el tapabocas. Parece cómico, ¡cuando va a encontrarse con esos compañeros con los que va a compartir una jornada de nueve horas en un lugar cerrado, allí es donde no usa protección!

El sol va saliendo y la iluminación artificial no es suficiente, alguien abre la persiana que funciona como única vía por la cual ingresan los insumos y egresan los productos terminados: única ventana al mundo exterior. Los ambientes, lejos de estar ventilados, son custodiados por esta persiana mecánica y ruidosa que intimida, aunque también podría ser vista como el dispenser de aire. Es el jefe, Alberto, dueño de la fábrica desde hace diez años, quien decide que solo de cinco a diez centímetros del mundo exterior ingrese: más que una bocanada, un bocadito.

- Ya se nos va a meter alguien por ahí, y vamos a estar todos en un quilombo... ¡Viste cómo son los de la Municipalidad! No te dejan laburar...

-Pero está todo el aire viciado, además así entra un poco de luz –responde el supervisor-

-Vos déjalo así, que ya tenemos suficientes problemas con los vecinos.

Cada vez que un producto es terminado, cada operario de producción se rocía las manos con alcohol: una de las medidas de cuidado ante el Covid-19 se cumple, ¡estarían salvados

si la principal vía de contagio fuera la superficie! Hay cierta seguridad entre ellos de que a más alcohol, más protección.

Es lunes por la mañana y, como de costumbre, todos llegan un poco más tarde. Diez, veinte minutos tarde: muchísimo. Falta uno de los empleados de producción, alguien que nunca falta y que usualmente llega temprano. Falta Cesar, el empleado más antiguo de la fábrica, de unos cuarenta y cinco años. César trabaja en la posición de cerrador de colchones, hace el anteúltimo paso en la línea de producción. Nadie sabe por qué no está, por qué no llega, asumen entre sí que alguien tiene que saber.

-Ya va a venir, ¿a vos te avisó algo?

-No, supongo que vendrá al mediodía. Por hay se le rompió la moto.

Alberto, al escuchar de qué conversaban Walter y el supervisor, les comenta la situación. Cesar no va a venir porque tiene síntomas de Covid-19 y tiene que esperar el resultado del hisopado. Surge cierta inquietud en los otros: ¿estarían en la misma situación? Alberto, lejos de aislarlos hasta tanto llegue el resultado de César, les indica las tareas de la jornada. La producción no puede parar. La crisis económica los está golpeando tanto como a sus empleados, aunque eso modifique relaciones laborales y genere tensiones de distintos tipos.

El silencio que sigue a la noticia solo es roto por las viejas radios, cuyas ondas vienen de dos de los sectores. Se escuchan las nuevas restricciones administradas por el gobierno nacional. Suena Radio Mitre. De los siete, solo el supervisor usa tapabocas en su cotidianidad. Luego de la noticia, Walter decide ponerse el suyo.

-Y vamos a tener que cuidarnos, me parece.

La fábrica sigue, como todos los días. Para la una del mediodía, hay siete productos terminados, número bajo: falta César. Desde la administración piden un piso de veinte productos diarios y comienzan las discusiones. Alberto le reclama a Walter, que reemplaza a César en sus tareas. -¡Apurá la producción!, ¿por qué está todo tan lento? -se queja Alberto-.

Walter asume que es un problema de la administración con su trabajo: -No tiene que ver con una cantidad de productos, es una manía contra mí –dice-. La discusión se torna un tanto violenta, el jefe decide irse a otro de los sectores a preguntar lo mismo: -¿Por qué está todo tan lento?

Al ambiente de la fábrica, ya plagado de incomodidad por el motivo de la falta de César, se suma la presión para llegar a los objetivos diarios. Luego de la discusión, Walter se saca el tapabocas.

-La verdad que no me interesa cuidarme, ¿para qué? Si me tengo que morir, me moriré. Lo hago por mi familia, pero no se soporta eso en la cara. Encima venimos acá con permisos de fleteros, ¡cualquiera!

La situación lo desborda y llega la hora de comer: son cuarenta y cinco minutos en los que las placas de espuma de poliuretano aún no convertidas en colchón son eficientes superficies para dormir una siesta. La vuelta al trabajo después de comer es difícil: el segundo round lo llaman. Todavía se huele el humo del tabaco de Walter desde afuera de la fábrica. No hay fuerzas ni ganas para trabajar mucho más.

La irrupción del caso sospechoso de Covid-19 podría generar un gran revuelo en otros espacios, no ocurre así en esta pequeña fábrica de colchones. La fábrica debe continuar, no importa que las condiciones de seguridad no se cumplan, o que las cosas no estén en regla. O al menos no tanto.

El ambiente rápidamente se distiende ni bien Alberto sube las escaleras que llevan a las oficinas. La situación parece tomar calma, por unos minutos los operarios no están vigilados ni presionados. Las cámaras están, pero nadie las mira. Pese a la supuesta tranquilidad, Walter y Nelson, otro empleado de producción, conversan preocupados. Frente al jefe se muestran controlados, ahora se los ve más permeados por la situación. Walter añade:

-No puede ser que no nos dejen quedarnos en nuestras casas.

-¿Y si ya nos agarró a todos? Ves que no les importa nada, ¡si estamos todos juntos en el mismo lugar!

-Siguen los reclamos del gremio docente por condiciones seguras para la vuelta a clases –comentan en la radio.

-¿Vos podes creerlo? Uno acá arriesgando nueve horas por día y los maestros hace cuánto no laburan. Ya es mayo y mis hijas siguen con clases por el Zoom. Ellos están tranquilos de que el Estado les paga, viste como es.

El día continúa, Radio Mitre sigue emitiendo sus noticias con tono de sólida verdad: -¿Cuántas vidas se habrían salvado con las vacunas que prometió el Gobierno Nacional? -¡Esto en los países serios no pasa! -¡Todas consecuencias de la cuarentena más larga del mundo!

Va llegando la hora de irse, algunos deciden refugiarse un rato en el baño y destinar unos minutos de la jornada productiva a transgredir la normativa. Otros agarran sus mochilas, sus cascos, parece que ya se van.

-Opáma –dice Nelson en guaraní. Significa que ya se terminó el día. Es hora de irse, 17:01 y no hay más nadie en la fábrica. Mañana será otro día, recién es lunes.

Ahora es jueves y César se comunica con otro de los empleados para decirle que al final no tiene coronavirus. -Dio negativo el test, pero voy a quedarme en casa hasta la semana que viene porque mi esposa se siente mal. El jefe cree que aún no le dan los resultados, se supone que el hospital está atrasado con los análisis de laboratorio. Otra vez, el teléfono descompuesto.

La pandemia transforma en términos sociales, económicos, políticos y sanitarios. Atraviesa las relaciones que se viven en un pequeño submundo, donde todo puede pasar. Aquí la salud no está en un primer plano; aquí las condiciones económicas obligan a seguir, a no parar. La función tiene que continuar.

DÍA DE ENTRENAMIENTO: CUIDADO CON EL JEFE

Por Rodrigo Soto Molina

La actividad en el Centro de Entrenamiento Policial de San Martín inicia a las 7am, cuando comienzan a llegar las primeras personas que trabajan allí, parte del personal administrativo e instructores de distintas áreas. Otros arribarán a las 8 am en tanto unos pocos lo harán incluso más tarde. Los efectivos policiales que allí cumplen con su reentrenamiento anual deben concurrir ahí dos veces al año una vez recibidos ya de policías. Años anteriores, "el Centro", como lo llamamos quienes trabajamos ahí, recibía unos setenta efectivos promedio por día, además de la veintena de empleados, lo que hacía que el número total trepara a noventa personas diarias aproximadamente. Hoy, a más de un año de pandemia y medidas de aislamiento y distanciamiento, ese número bajó a menos de un cuarto del total: sólo 20 personas asisten al Centro por jornada.

Martín es personal policial hace dos años, es el más nuevo allí, se incorporó hace pocos meses, y es también quien se encarga de tomar la temperatura en la entrada del Centro a todos aquellos que van ingresando, quien observa que todos se coloquen alcohol o sanitizante en las manos, y quien les indica cómo seguir: -Pase por allí y espere al instructor para hacer la descarga del arma –dice, por ejemplo-.

Martín es oriundo de Posadas, Misiones, hace casi diez años que vive en Buenos Aires, actualmente está asentado en San Fernando con su familia y, antes de incorporarse a este lugar de trabajo prestó servicio en el Comando de Patrullas de Tigre.

Una vez realizado el ingreso, Alejandro, quien al igual que Martin es personal policial, se encarga de indicar a los efectivos dónde está el aula que les corresponde y cuáles son las directivas en cuanto a actividades y conductas que deben tener dentro de la institución. Alejandro nació y se crió en el partido de La Matanza, hace siete años que ingresó a la policía y hace tres que está en el Centro; por ende, al ser más antiguo que Martín, y como si fuese una especie de ley tácita, es él quien lo "guía" y le va mostrando y enseñando como hacer el trabajo allí.

El Centro se encuentra en Villa Zagala, frente a la llamada Villa Loyola, a pocas cuadras de Av. De los Constituyentes y General Paz. Ni bien se ingresa, uno se encuentra con su playón de unos 50 metros cuadrados, al final del mismo se ubica la oficina del jefe, a la derecha de esta las oficinas de distintas áreas: personal, logística y académica.

En la oficina del jefe, los empleados reciben el apto físico y una declaración jurada de salud y antecedentes de Covid-19. Los efectivos toman su clase en el aula más amplia, que permite distanciar las sillas.

La primera clase del día es sobre primeros auxilios e inicia a las 8:15am, es uno de los momentos donde Martín y Alejandro tienen cierto descanso, ya que ellos deben atender que los efectivos no estén revoloteando a lo largo y ancho del predio en sus ratos libres. Si bien pueden sentarse a descansar o buscar agua caliente en la cocina, "no es bien visto" por el jefe. Años anteriores, Alejandro y Martín se hacían bromas, se reían, hoy intentan no mostrarse charlando juntos mucho tiempo ni con el resto de los compañeros, sostienen una postura corporal más recta. Son esos "pequeños cambios" que surgen a partir de la modificación de la estructura y directivas dentro del Centro de Entrenamiento y de la aplicación de las ideas sobre cómo debe conducirse un instituto policial. Estos cambios pertenecen a una de las tantas modificaciones que cada cierta cantidad de años se dan

en las distintas áreas de la policía, sin muchas certeza ni explicación, la respuesta que siempre surge es la de: -Son los cambios de policía –según expresan acostumbrados a estas modificaciones que se informan, pero no se explican-.

El jefe fue nombrado hace menos de seis meses, trabajó siempre en comisarías; es decir, nunca obtuvo experiencia en el área de Institutos de Formación Policial (área a la cual pertenece el Centro). Dicho perfil trae consigo ciertas actitudes que, además de los cambios que siempre surgen con estos nuevos nombramientos, tienen algo tensos a todos los trabajadores que prestamos servicio allí sobre todo por la forma en que se dirige y llama la atención cuando algo no se hace como él cree debe hacerse. Este jefe es una persona considerada joven para su jerarquía, no debe pasar los 40 años, observa todo y si algo no le gusta es muy probable que realice un reto con tono de voz elevado y delante de todos. Siempre desempeñó su tarea en el área de San Martín, a pesar de vivir en Avellaneda, en distintas comisarías y comando de patrullas hasta llegar a ser jefe del Centro de Entrenamiento. La rama policial llamada "de calle" trae consigo estas actitudes de quienes ostentan una alta jerarquía, se identifica un factor común en ciertos manejos, lo que se puede llamar "tener cortitos" a los subalternos, asociado a las tensiones acarreadas por la conducción de comisarías y sumado a los controles que se reciben en dichas dependencias por parte de superiores, donde, por supuesto, se intenta no tener ninguna irregularidad. En el Centro esta tensión se ve reflejada a pesar de no recibir muchas visitas de control ni problemas de estilo administrativo.

Desde su llegada hubo varias reuniones en las cuales el míster (apodo que recibió el jefe por parte de los trabajadores del Centro) hizo notar su descontento con el poco trabajo y esfuerzo que él creía había en el lugar. Desde esos momentos, todos mostraron cambios de actitud, pero no en cuanto el trabajo, ya que siempre se hizo de buena forma, sino en cuanto a la relación entre compañeros: el ambiente se volvió rígido, cambio que también se notó en la relación entre Alejandro y Martin. Ya no se muestran risueños, no se juegan bromas a la vista del jefe, intentan no estar a la vista de él y se mantienen siempre atentos a la aparición sorpresiva que dicho jefe pueda tener mientras ellos pudieran están relajados.

La segunda clase, pasadas las 9am, es de educación física; más tarde tocará la de defensa personal. Se trata de las dos clases que exigen la parte física de los efectivos policiales que están entrenando ese día allí. Alejandro, instructor principal de defensa personal, toma protagonismo: esta es su actividad central en el Centro. Ambas materias debieron reformarse para evitar el contacto y mantener la distancia física entre los efectivos, por lo que hoy la actividad es individualizada.

En los recesos o descansos entre clases, Martin y Alejandro, que invitan a servirse agua o preparase mate o bebida caliente a los efectivos, de modo de hacerlos sentirse cómodos, ya que, saben, pueden estar viviendo cierta tensión, también controlan que los cursantes no estén "dando vueltas por ahí", al igual que "avivan" a los efectivos de que los jefes no los vean usando el celular dentro del Centro, lo que está prohibido. Este fue uno de los cambios impuestos por el míster, así como también prohibir que los cursantes crucen a comprar comida en los pequeños negocios del barrio, cosa que era muy habitual años anteriores. Esto último generó incomodidades y quejas de los cursantes para con Martín y Alejandro, pero como es costumbre son decisiones que se informan, pero no se explican.

A las 12 del mediodía llega el receso más extenso del día, es el momento del almuerzo caliente y el postre. Dos horas después, comienza la materia de marco legal. En lo que dura el almuerzo, la sobremesa invita a que algunos se queden en el mismo comedor, otros salgan a fumar, algunos deban ir al baño o quieran buscar agua caliente.

Este pequeño hormigueo, aun cuando se trate de unos veinte efectivos, pone en alerta el dispositivo de “evasión del reto del jefe” hacia Martín y Alejandro: ambos se muestran tensos y atentos para que no aparezca ese motivo que despierte la llamada de atención.

Ya iniciada la clase de marco legal, Martín y Alejandro tienen la posibilidad de sentarse a comer, tomar mate o charlar con algún compañero, manteniendo una postura menos rígida. Un rato más tarde, cerca de las 16, las llamadas “operaciones policiales”, donde se simulan casos de detención o identificación de sospechosos en la vía pública, se extienden hasta las 18, cuando la jornada termina en el Centro de Entrenamiento.

Los efectivos hacen la carga de su arma reglamentaria, se forman mirando hacia el portón de salida, el jefe dice unas palabras para ellos mientras los despide, los deja salir y les desea buena jornada. Es también el momento de retirarse para Alejandro y Martín, ya no se quedan un rato más a tomar unos mates con el resto de los compañeros, prefieren irse rápido, sabiendo que ha pasado una jornada más, esperando que la próxima sea tranquila, hasta llegar a idear estrategias que los hagan verse ocupados a los ojos del míster, no mostrarse relajados, risueños, sabiendo que si el jefe está contento no habrá reto y podrá ser un buen día de trabajo.

LA CARA DE LA PANDEMIA

Por Gabriel Yardin

En marzo de 2020 y a Carlos, que es un trabajador pronto a jubilarse, le informan que debido a la situación sanitaria provocada por el brote de COVID-19, y por a ser una persona de "riesgo", no debe concurrir por un tiempo indeterminado a su trabajo.

Más de un año después, Carlos sigue sin asistir a su trabajo; sin embargo, su inoculación con la primera dosis contra el coronavirus, lo hacen pensar sin descanso en la posibilidad de que, al estar vacunado, Horacio, su jefe, le pida que regrese a su trabajo en la ortopedia y esto lo tiene preocupado.

Hace más de un año atrás, a mediados de aquél marzo, la noticia de no tener que asistir a la ortopedia le había generado un gran alivio: tiene sesenta y tres años, hace más de treinta que trabaja en la ortopedia, y la relación con Horacio ya no es la mejor. Las frecuentes irregularidades laborales, las constantes discusiones que tuvieron, con mayor frecuencia durante los últimos años, dañó la relación.

Carlos y Horacio tienen casi la misma edad, se conocen desde que eran jóvenes: vivían en el mismo barrio -Villa Lugano-, compartían el mismo grupo de amigos, se fueron juntos de vacaciones en distintas oportunidades décadas atrás; en general tenían una muy buena relación y compartían muchas cosas en común, más allá de la relación laboral.

Sin embargo, hace unos años, a expensas del vínculo laboral desgastado, ya no comparten nada y su relación ahora es sumamente conflictiva. Pero ni Carlos ni Horacio, quieren, pueden o deciden finalizar la relación. Carlos no quiere renunciar, espera cumplir los sesenta y cinco -considera que ya le falta poco-, a fin de poder iniciar los trámites correspondientes a la jubilación y que sea ese el momento en el que finalice el vínculo. Horacio no quiere afrontar los gastos en que incurriría en caso de despedir a Carlos, entiende que la indemnización que le debe abonar es elevada y más considerando que en poco tiempo lo podrá intimar a iniciar el trámite correspondiente a su jubilación.

La pandemia, paradójicamente, definió a Carlos por su riesgo y lo confinó a esperar. Lo distanció físicamente de la ortopedia y de Horacio. Sigue cobrando sus haberes, aunque con ciertas irregularidades. Está más tranquilo así que yendo desde Villa Lugano, donde vive con su esposa, hasta Caballito, donde se encuentra la ortopedia, para estar entre ocho a nueve horas por día toda la semana, junto a Horacio.

En otros tiempos, los días de Carlos y Horacio tenían sus particularidades, había días que compartían gran parte del mismo trabajando juntos, y más allá de que Horacio se encontrara en su oficina, se cruzaban bastante -situación difícil para ambos en los últimos años-. Pero hay semanas en las que casi no se veían, debido a que, por sus tareas, Carlos salía a ver clientes durante toda la mañana y regresaba a la tarde cerca de finalizar la jornada. En aquellos días Carlos solía dudar sobre si Horacio lo "mandaba" a la calle para no cruzarse con él en la ortopedia, aunque él prefiera estar en la calle, aprovechando ese tiempo para mirar vidrieras, comprar algo que necesite o almorzar. Cuando estaba en la ortopedia se encontraba más limitado, padecía el control cercano de Horacio toda la jornada.

No es que haya habido un problema que desatara los conflictos actuales entre Carlos y Horacio: la conflictividad en la relación actual se debe, principalmente, a la extensión

del vínculo laboral. Los años de relación generaron que Carlos hiciera distintos reclamos por las irregularidades laborales -pedidos de aumentos de sueldo, reducción de horas, que lo registre de manera total y no parcial-, que Horacio no aceptó.

En el tiempo que transcurrió sin ir a la ortopedia, Carlos descansó: -Los últimos treinta o cuarenta años me solía levantar como tarde a las seis de la mañana –rezonga-, ahora duermo más, por lo menos hasta las ocho o nueve. Carlos mira más televisión -aprendió a usar plataformas virtuales, mira películas en "Netflix" y escucha música en "YouTube"-, y también aprovecha para mirar "cualquier partido" de fútbol que pasen. Desde que se levanta hasta que se va a dormir se queda en la casa casi todos los días, aprovecha para no salir. Recuerda que, cuando asistía a la ortopedia, no importaba el clima y si hacía frío, llovía o nevara, había que ir "como fuera".

Carlos viajó "toda su vida" en el colectivo de la línea 5 que conecta los barrios de Villa Lugano y Caballito. El trayecto demoraba, "si no había ningún problema", unos cuarenta o cuarenta y cinco minutos; luego, caminaba diez cuadras por la calle Boyacá para llegar a su habitual destino: allí lo esperaban Horacio y la ortopedia. En los últimos años, ese recorrido era cada vez "peor": el tránsito empeoró, cada vez había más gente en la calle y en el "5", esto provocaba que el colectivo demorara más y llegara a su casa más cansado.

Lo que más "paz" le genera de no concurrir a la ortopedia es no tener que ver todos los días la cara de Horacio. Un gran alivio recorre su cara cuando lo dice, es posible que sea lo que más felicidad le da y el principal motivo para no volver. Carlos, teniendo en miras su jubilación, no se sonroja al desear que "esta situación" se extienda lo máximo posible. Sin embargo, las noticias de la vacunación masiva contra el virus, al ser una persona de "riesgo", lo fueron acechando: dentro de poco tiempo lo vacunarían y todo volvería a ser como antes, cada semana ese hecho resultaba más cercano.

Es ahora mayo de 2021: Carlos recibió su primera dosis. En cierta medida le generó un alivio por su salud física y por la de su esposa; sin embargo, su reincorporación al trabajo es cada vez más inminente, y eso lo entristece.

Carlos es una de las tantas personas en Argentina que sufre la precariedad laboral: su sueldo nunca fue "bancarizado", entre otras irregularidades que fueron la constante de su relación laboral. Como tantos trabajadores más o menos informales que necesitan su sueldo para vivir, debe viajar al menos una vez por mes otra vez en el "5" durante cuarenta y cinco minutos, y luego caminar diez cuadras para llegar a la ortopedia, para cobrar irregularmente su sueldo de las manos de Horacio.

Ahora hay una amenaza latente, que lo acecha, la posibilidad de que, al ir a cobrar sus haberes al comienzo del siguiente mes, caiga en la trampa y Horacio le solicite la vuelta presencial al trabajo, la vuelta a la rutina.

-¿Cuándo vaya la próxima vez a cobrar, Horacio me puede pedir que vuelva ahora que estoy vacunado? -le pregunta Carlos a un amigo abogado, quiere descartar absolutamente esa posibilidad, quiere, pero no puede-. La idea de volver a la ortopedia se apodera de sus pensamientos y lo desanima.

Blanca, esposa de Carlos desde hace casi treinta y cinco años, expresa que su marido está considerablemente mejor, con mejor ánimo y más tranquilo que cuando iba a la ortopedia. -Los últimos años de trabajo lo desgastaron emocionalmente, la relación con Horacio no da para más –comenta- El cambio en el ánimo de Carlos se percibe.

Cuando Carlos concurre a la ortopedia a cobrar su sueldo, generalmente habla "de fútbol, un rato" con Horacio. El fútbol era un tema muy común entre ellos hace varios años,

cuando todavía se llevaban bien, cuando compartían ir a la cancha juntos. Carlos solía acompañar muy seguido a Horacio a la “Doble Visera”, la cancha del club de sus amores.

Es probable que en poco tiempo Carlos reciba la segunda dosis, lo ve en el noticiero: cada llegada de los aviones de Aerolíneas Argentina con nuevas dosis de vacunas son alarmas en su despertador.

- No, ya no quiero verlo más al otro -en referencia a Horacio-. Además, ya soy una persona grande, estoy cansado de viajar todos los días hasta la ortopedia y él nunca se preocupó por mí. No quiero volver, espero que demoren mucho en dar la segunda dosis.

La vuelta a la ortopedia es la peor pesadilla.

Carlos vive con esa incertidumbre del regreso, de la vuelta a la rutina, de sus condiciones de jubilación. ¿Cómo será verle de nuevo la cara a Horacio nueve horas al día?

LA VIRTUALIDAD MILITANTE

Por Agustina Varela

Florencia prende la computadora y se prepara para asistir a la reunión por Zoom con sus compañeros del partido político donde milita desde hace tres años: el MST. Desde sus 19 años, cuando recién ingresaba en la Carrera de Psicología de la UBA, comenzó a militar. Un poco por la insistencia de Facu, su amigo militante que conoce en los primeros días de su vida universitaria, y otro poco por su interés en la actividad política que trae de su paso por el Centro de Estudiantes en el secundario. Desde marzo del año pasado, las reuniones en la calle Perú, en el local del partido, se trasladan a la habitación de Flor, en el departamento donde vive con sus padres en Almagro.

La reunión está convocada para la organización de la próxima manifestación callejera y, como cada vez que tiene reuniones del partido desde que la virtualidad desplazó a la presencialidad, Flor prepara café. -Es como una cábala -cuenta, mientras llena, cuidadosamente, el porta filtro de la cafetera. -Siempre que tenía que ir al local, pasaba primero por una cafetería que está a una cuadra, hacen muy buen café -continúa. Toma un sorbo de la infusión, y en el momento en que el sabor amargo del café invade sus sentidos, se transporta mentalmente a esos momentos antes de reunirse con sus compañeros en el local, caminando por las calles de Monserrat.

-Recuerden chicas de llevar todas las cosas, les confirmamos el horario por WhatsApp -dice Manu, organizadora del encuentro. -¿Alguien quiere decir algo más? Así ya vamos terminando. Flor prende el micrófono y comienza a hablar: -Sí, Manu, yo quer... -se corta el audio y se hace un silencio. Casi como en un rompecabezas, las caras de sus compañeros a través de las cámaras de sus computadoras, se unen acorde a sus cabezas inclinadas y ceños fruncidos que denotan una clara confusión. Se preguntan si el problema es sólo de Flor o si alguien más nota fallas en la conexión. Manu le avisa que se escucha mal. -Disculpen, es que falla... inter... y desd... -intenta explicar Florencia, sin éxito. -No me anda muy bien internet, pero no importa, sigamos -escribe en el chat. Rendida y sin haber podido expresarse, Flor abandona su lugar en la lista de oradores y espera que la reunión termine.

-Estoy cansada de tanta virtualidad, extraño encontrarme con las chicas del partido y poder hablar de corrido -me dice en un tono un poco burlesco -, antes nos juntábamos cada dos por tres, salíamos a las calles todo el tiempo, a las marchas, a repartir volantes, a vender periódicos -suelta Flor con los ojos rojos y húmedos mirando hacia el piso al recordar con cierta nostalgia aquellos tiempos donde el lugar de los militantes era la calle.

En los encuentros del partido, en ese local en la calle Perú, sobre una vereda angosta a casi mitad de cuadra, en ese primer piso por escalera, Flor sentía esa -Energía de convicción, el cúmulo de corazones que sintonizan en un mismo grito de reclamo, –según recuerda-. Desde la distancia y en soledad, puede verse cómo ese sentimiento de fervor al que apela se desvanece entre sus dedos, en un último intento por indagar la causa del “fallo en la red”.

Flor se prepara con gran entusiasmo para el próximo encuentro. Abre ambas puertas del placard y comienza a inspeccionar su ropa; recorre con los ojos entrecerrados las prendas y elige cuidadosamente el atuendo adecuado para el evento. Comienza a guardar sus pertenencias con una sonrisa en su cara. Impaciente, llena su mochila mientras verifica con su lista en el celu no olvidarse nada. Hace tiempo que está esperando este día. -¡Qué

nervios! Hace como un año que no voy a una marcha, me da miedo estar tanto tiempo en la calle y con tanta gente alrededor pero, bueno, es necesario -me cuenta Flor, con una mezcla de emoción y preocupación al mismo tiempo. Si bien los encuentros están reducidos casi por completo, los reclamos "impostergables", como Flor y los de su partido los llaman, se siguen realizando.

Al llegar al lugar del encuentro se acerca a "su grupo" y lo saluda de lejos, luego se dirige hacia los vehículos del partido y forma la fila que hay para acceder a este de forma ordenada y sin generar una aglomeración de gente demasiado grande. Lo que antes hacía junto a sus compañeras (hacer carteles, pintarlos, salir a comprar telas), ahora lo hace anticipadamente en su habitación en el departamento de sus viejos en el barrio de Almagro, sola.

Antes de comenzar la marcha, se anuncia por los micrófonos -Recuerden compañeras, compañeros, traten de mantener la distancia lo más que se pueda.

Un grupo distanciado físicamente pero unido ideológicamente, le pone el cuerpo a la lucha de los y las trabajadoras.

Escuela IDAES
UNSAM